

▣

¿Cuál es la diferencia?

William MacDonald

Título del original: Here's the Difference, de William MacDonald. Publicado por Walterick Publishers y © 1975 por William MacDonald.

1º Edición en español: ¿Cuál es la diferencia? (Capítulo 1 - 17), 1981 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501 E.U.A.

2º Edición en español(Capítulo 1 – 27), 2014

Traducción: Capítulo 1 - 17 traducido por Santiago Escuin; Capítulo 18 – 27 traducido por Carlos Tomás Knott

Chamada da Meia_Noite
Caixa Postal 1688
90001-970
Porto Alegre/RS
Brasil
www.chamada.com.br

Contenido

Capítulo 1	Diferenciando las edades
Capítulo 2	Dos venidas de Cristo
Capítulo 3	Fases del retorno de Cristo
Capítulo 4	La ley y la gracia
Capítulo 5	Tres tiempos de la salvación
Capítulo 6	Perdón judicial y paterno
Capítulo 7	Tipos de santificación
Capítulo 8	Aspectos de la justificación
Capítulo 9	Posición y práctica
Capítulo 10	Relación y comunión
Capítulo 11	El Día del Señor, el Día de Cristo, el Día de Dios
Capítulo 12	Israel y la Iglesia
Capítulo 13	La Iglesia y el reino
Capítulo 14	Los misterios de las Escrituras
Capítulo 15	La salvación y el servicio
Capítulo 16	Cosas fundamentales y cosas no esenciales
Capítulo 17	Cumplimientos dobles
Capítulo 18	La Expiación: Antes y Ahora
Capítulo 19	Aspectos De La Vida Eterna
Capítulo 20	Las Dos Naturalezas
Capítulo 21	Grandeza Personal y Posicional
Capítulo 22	Los Pactos Principales De Las Escrituras
Capítulo 23	El Hades y el Infierno
Capítulo 24	El Espíritu Bautiza, Mora y Llena
Capítulo 25	Siete Juicios
Capítulo 26	Aspectos de la Gloria de Cristo
Capítulo 27	Diferencias Entre Los Evangelios

Capítulo 1

Diferenciando las edades

Agustín dijo en una ocasión: “Distinguid las edades, y las Escrituras armonizan”. Dios ha dividido toda la historia humana en edades; “... por quien asimismo hizo las edades” (He. 1:2, margen en la Biblia Anotada de Scofield). Estas edades pueden ser largas o cortas. Lo que las distingue no es su duración, sino la forma en que Dios trata con la humanidad.

Mientras que Dios mismo nunca cambia, Sus métodos sí que cambian. Él obra en formas distintas en edades distintas. Decimos en algunas ocasiones que Dios administra Sus asuntos con el hombre durante una era particular como una dispensación. Técnicamente, una dispensación no significa una edad, sino una administración, una mayordomía, un orden, o una economía. Pero nos resulta difícil pensar acerca de una dispensación sin pensar acerca del tiempo. Por ejemplo, la historia del gobierno de los Estados Unidos ha estado dividida entre administraciones. Hablamos de la administración Roosevelt, de la administración Eisenhower, o de la administración Kennedy. Evidentemente, de lo que hablamos es de la manera en que se administraba el gobierno mientras estos presidentes estaban al mando. Lo esencial es la política que se seguía, pero de forma necesaria relacionamos esta política con un período de tiempo determinado.

Así, en este capítulo consideraremos que una dispensación es la forma en la que Dios está tratando con los hombres durante un período determinado de la historia. Los tratos “*dispensacionales*” de Dios se pueden comparar con la forma en la que se lleva una casa. Cuando solamente están el esposo y la esposa en la casa se sigue un cierto programa. Pero cuando hay varios hijos pequeños, se introduce un sistema totalmente nuevo de línea de conducta. Al ir madurando los niños, los asuntos del hogar vuelven a manejarse de forma enteramente nueva. Vemos este mismo modelo en los tratos de Dios con la raza humana (Gá. 4:1-5).

Por ejemplo, cuando Caín mató a su hermano Abel, Dios le puso una marca, a fin de que cualquiera que le hallara no lo matara (Gn 4:15). Y, a pesar de ello, después del Diluvio, Dios instituyó la pena capital, decretando que “el que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada” (Gn. 9:6). ¿Por qué esta diferencia? Debido a que había un cambio de dispensación.

Otro ejemplo se halla en el Salmo 137:8, 9, en el que el escritor demanda un severo juicio sobre Babilonia:

Hija de Babilonia la desolada, Bienaventurado el que te diere el pago de lo que tú nos hiciste.
Dichoso el que tomare y estrellare tus niños contra la peña.

Y, a pesar de ello, el Señor enseñó más tarde a los Suyos:

Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen (Mt. 5:44).

Parece evidente que el lenguaje apropiado para el salmista que vivía bajo la ley ya no es apropiado para un cristiano que vive bajo la gracia.

No todos los cristianos concuerdan con el número de dispensaciones o con los nombres que se les debería aplicar. De hecho, no todos los cristianos aceptan las dispensaciones.

Pero podemos demostrar la existencia de dispensaciones de la siguiente manera. Primero de todo, hay por lo menos dos dispensaciones, la ley y la gracia: “Pues la ley por medio de Moisés, fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17). El hecho de que nuestras Biblias estén divididas entre Antiguo Testamento y Nuevo Testamento indica que tuvo lugar un cambio de administración. Se da más prueba de ello en el hecho de que no se requiere de los creyentes en esta edad que ofrezcan sacrificios animales; esto indica también que Dios ha introducido un nuevo orden.

Pero si aceptamos que existen dos dispensaciones, quedamos obligados a creer que existen tres, debido a que la Dispensación de la Ley no fue introducida hasta Éxodo 19, miles de años después de la Creación. Por lo tanto, debe haber existido por lo menos otra dispensación antes de la ley (ver Ro. 5:14). Con esto llegamos a tres.

Después, deberíamos coincidir en que existe otra cuarta dispensación, debido a que las Escrituras hablan del “siglo [edad] venidero” (He. 6:5). Naturalmente, éste será el tiempo cuando el Señor Jesucristo volverá a reinar sobre la tierra, que se conoce también como el Milenio.

El apóstol Pablo distingue también entre la presente edad y una edad que está por venir. Él habla, primero, de una dispensación que le fue confiada a él en relación con la verdad del evangelio y de la iglesia (1 Co. 9:17; Ef. 3:2; Col. 1:25). Esta es la edad presente. Pero él señaló también hacia una futura edad cuando se refiere, en Efesios 1:10, a “la dispensación del cumplimiento de los tiempos”. Está patente en la descripción que hace de ella que no ha llegado todavía.

Así que, sabemos que no estamos viviendo en la edad final de la historia del mundo.

El doctor C. I. Scoriell, editor de la *Biblia Anotada de Scofield*, señala siete dispensaciones, tal como sigue:

1. *Inocencia* (Gn. 1:28). Desde la creación de Adán hasta su caída.
2. *La Conciencia* o Responsabilidad Moral (Gn. 3:7). Desde la caída hasta el final del Diluvio.
3. *Gobierno Humano* (Gn. 8:15). Desde el final del Diluvio hasta la llamada de Abraham.
4. *Promesa* (Gn. 12:1). Desde la llamada de Abraham hasta la promulgación de la Ley.
5. *La Ley* (Ex. 19:1). Desde la promulgación de la Ley hasta el día de Pentecostés.
6. *La Iglesia* (Hch. 2:1). Desde el día de Pentecostés hasta el Arrebatamiento (rapto).
7. *El Reino* (Ap. 20:4). El reino milenar de Cristo.

En su diagrama “The Course of Time from Eternity to Eternity” (El curso del tiempo desde la eternidad hasta la eternidad), A. E. Booth ve siete dispensaciones de la historia humana tipificadas en los siete días de Génesis:

Primer día: El hombre probado a la luz de la creación: luz y promesa.

Segundo día: Gobierno (desde el Diluvio hasta la división de las naciones).

Tercer día: Israel (desde Abraham hasta el final de los Evangelios).

Cuarto día: La Gracia (un período parentético).

Quinto día: La Tribulación.

Sexto día: El Milenio.

Séptimo día: La Eternidad.

Mientras que no es importante concordar en los detalles precisos, es de gran importancia el observar que existen diferentes dispensaciones. La distinción entre la ley y la gracia es especialmente importante. De otra manera tomaremos porciones de las Escrituras que se refieren a otras edades y nos las aplicaremos a nosotros mismos. Mientras que todas las Escrituras son útiles para nosotros (2 Ti. 3:16), no todas ellas se escribieron de forma directa para nosotros. Los pasajes que tratan de otras edades tienen aplicaciones para nosotros, pero la interpretación primaria de éstos es para la edad en que fueron escritos. Por ejemplo, se les prohibió a los judíos que vivían bajo la ley que comieran la carne de cualquier animal impuro, esto es, los que no tuvieran pezuña hendida y que no rumiaran (Lv. 11:3). Esta prohibición no se aplica a los cristianos en esta edad (Mr. 7:18, 19), pero permanece el principio moral subyacente; que debemos evitar la impureza moral y espiritual.

Dios prometió al pueblo de Israel que si ellos le obedecían, Él los haría prósperos materialmente (Dt. 28:1-6). El énfasis se situaba sobre las bendiciones materiales en lugares terrenales. Pero esto ya no es cierto en nuestra presente era. Dios no nos promete que Él premiará nuestra obediencia con prosperidad financiera. En lugar de ello, las bendiciones de esta dispensación son bendiciones espirituales en lugares celestiales (Ef. 1:3).

Mientras que existen diferencias entre las varias edades, hay una cosa que jamás varía, y ésta es el evangelio. La salvación siempre ha sido, es en la actualidad, y siempre será, por la fe en el Señor. Y la base de la salvación para cada edad es la obra acabada de Cristo en la Cruz del Calvario. Las personas del Antiguo Testamento se salvaban al creer las revelaciones que Dios les dijera. Por ejemplo, Abraham se salvó al creer a Dios cuando Él dijo que la simiente del patriarca sería tan numerosa como las estrellas (Gn. 15:5-6). Abraham no sabía mucho, si es que sabía algo, de lo que tendría lugar en el Calvario siglos más tarde. Pero Dios sabía. Y cuando Abraham creyó al Señor, Él puso a la cuenta de Abraham todo el valor de la futura obra de Cristo en el Calvario.

Alguien ha dicho que los santos del Antiguo Testamento estaban “bajo crédito”. Es decir, que fueron salvados en base al precio que el Señor Jesús pagaría muchos años después (éste es el significado de Romanos 3:25). Nosotros somos salvados en base a la obra que Cristo cumplió hace más de 1900 años. Pero en ambos casos la salvación es por la fe en el Señor.

Debemos guardarnos en contra de cualquier idea de que las personas durante la dispensación de la Ley eran salvadas por guardar la ley o ni tan siquiera por sus ofrendas de sacrificios de animales. La ley tan sólo puede condenar; no puede salvar (Ro. 3:20). Y la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede sacar ni un solo pecado (He. 10:4). ¡No! ¡La manera en que Dios salva es por la fe, y por la fe sola! (ver Ro. 5:1).

Otra cosa a tener presente es la siguiente: Cuando hablamos de que la época actual es la Edad de la Gracia, esto no implica que Dios no mostrara Su gracia en las pasadas dispensaciones. Solamente queremos decir que Dios está ahora probando al hombre bajo la gracia y no bajo la ley. Esta distinción se explicará de manera más completa en una futura lección.

También es importante darse cuenta de que las edades no se cierran con una precisión rígida. Hay a menudo un solapamiento o período de transición. Vemos esto en el libro de los Hechos, por ejemplo. Se precisó de un cierto período de tiempo para que la iglesia se despojara de algunos de los atavíos de la dispensación anterior. Y es posible que exista un período de tiempo entre el Arrebatamiento y la Tribulación durante el que se manifieste el Hombre de Pecado y se erija el Templo en Jerusalén.

Una palabra final. Como de todas las cosas buenas, se puede abusar del estudio de las dispensaciones. Hay algunos cristianos que llevan el “*dispensacionalismo*” hasta tal extremo ¡que aceptan tan sólo las epístolas de Pablo escritas en la prisión como aplicables a la iglesia de nuestro día! Como resultado no aceptan el bautismo ni la Cena del Señor, ya que éstos no se hallan en las epístolas escritas por él en prisión. Enseñan también que el mensaje del evangelio que Pedro predicaba no era el mismo que el de Pablo. (Ver Gálatas 1:8, 9 para la refutación de esto). Estas personas reciben en ocasiones el nombre de “*ultradispensacionalistas*” o “*Bullingeritas*” (derivado de un maestro llamado E. W. Bullinger).

Capítulo 2

Dos venidas de Cristo

Para comprender y gozar de las Escrituras, es necesario diferenciar entre la Primera y la Segunda Venida de Cristo. Su Primera Venida se refiere, naturalmente, a Su nacimiento como bebé en el pesebre de Belén. La Segunda Venida señala hacia adelante, hacia el tiempo en que volverá a venir. La Primera trata de los sufrimientos de Cristo, la Segunda, de las glorias que han de seguir tras ellos (1 P. 1:11).

En este capítulo presentaremos la Segunda Venida de Cristo de una manera general, presentando tan sólo el simple hecho de que el Salvador va a volver de nuevo. En el siguiente capítulo veremos que hay varias fases de Su venida.

Los profetas del Antiguo Testamento previeron la venida del Mesías, pero se hallaban confundidos por lo que veían. El Espíritu de Dios les revelaba que Cristo vendría tanto en humillación como en gloria. Él sufriría, derramaría Su sangre, y moriría, pero también triunfaría por encima de todos Sus enemigos. Ellos no podían conciliar estos hechos. De lo que ellos no se daban cuenta era de que estaban tratando con dos venidas distintas del Mesías, con más de 1900 años entre ambas.

A menudo las dos venidas quedan entremezcladas en la Biblia, sin que haya indicación alguna de un período de tiempo intercalado entre ambas. Si aprendemos a detectar estas rápidas transiciones, ello añadirá mucho a nuestro placer y provecho. He aquí algunos ejemplos.

Los primeros veintiún versículos del Salmo 22 se refieren claramente a la Primera Venida; describen los sufrimientos del Salvador sobre la Cruz. Pero existe una discontinuidad evidente entre los versículos 21 y 22. Los últimos diez versículos del Salmo señalan hacia adelante a la victoria y gloria de la Segunda Venida.

Hallamos también las dos venidas en Isaías 9:6,7:

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su nombre; y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

La venida a Belén queda descrita con las palabras: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado...” Todo el resto del versículo señala hacia adelante, hacia el tiempo en el que Él volverá a reinar en poder y en gran gloria.

Ahora examinemos Isaías 52:14,15:

Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres, así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído.

Es evidente que el versículo 14 se refiere al Salvador en la Cruz; aquellos que contemplaron la crucifixión quedaron abrumados ante la profundidad de Sus sufrimientos. Quedó tan desfigurado que ya no era más reconocible como hombre. Pero existe un tremendo contraste con el versículo 15. Cuando el Salvador venga, los hombres se asombrarán ante el resplandor de Su gloria. Las naciones se sorprenderán al ver al humilde forastero de Galilea volviendo como Rey de reyes y Señor de señores.

Uno de los ejemplos más conocidos de un pasaje en el que se unen las dos venidas es el de Isaías 61:1,2:

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los

cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados.

Cuando Jesús estuvo en la sinagoga de Nazaret, Él citó estos versículos (Le. 4:18, 19). Pero es de señalar que Él se detuvo al finalizar las palabras “a predicar el año agradable del Señor”. Él no siguió leyendo la expresión que seguía: “y el día de la venganza de nuestro Dios”. ¿Por qué? Porque Su Primera Venida introdujo el año de la buena voluntad de Jehová. Su Segunda Venida empezará “el día de la venganza de nuestro Dios”.

Tenemos una ilustración similar de las dos venidas en el Salmo 34:15,16:

Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira de Jehová contra los que hacen mal, para cortar de la tierra la memoria de ellos.

Cuando Pedro cita estos versículos en 1 Pedro 3:12 se detiene justo ante las palabras “para cortar de la tierra la memoria de ellos”. Todo el resto de la cita se aplica a la edad en que nosotros vivimos ahora, pero esta expresión final mira hacia la Segunda Venida de Cristo.

El profeta Miqueas predijo que Belén sería el lugar de nacimiento del Mesías (Mi. 5:2):

Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.

Pero, entonces, Miqueas pasa de repente a la Segunda Venida de Cristo, cuando Él será grande hasta los fines de la tierra (Mi. 5:4):

Y él estará firme, y apacentará con poder de Jehová, con grandeza del nombre de Jehová su Dios; y morarán seguros, porque ahora será engrandecido hasta los fines de la tierra.

En Zacarías 9:9 tenemos una evidente predicción de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén:

Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hijo de Jerusalén; he aquí que tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.

Pero el siguiente versículo nos lleva hacia adelante, hacia la Segunda Venida, cuando Cristo reinará de mar a mar:

Y de Efraín destruiré los carros, y los caballos de Jerusalén, y los arcos de guerra serán quebrados; y hablará la paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra.

Pero hallamos también en el Nuevo Testamento que, como en el Antiguo, se entremezclan las dos venidas. Veamos Lucas 1:31-33, por ejemplo:

Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; y su reino no tendrá fin.

El primero de los versículos se cumplió evidentemente cuando Jesús nació (ver Mt. 1:25). Pero los versículos 32 y 33 pasan por alto esta actual Edad de la Iglesia y llegan al tiempo en que Cristo volverá a sentarse sobre el trono de David para reinar sobre la tierra.

En Lucas 20:18 existe una velada referencia a las dos venidas:

Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

En la primera parte del versículo, la piedra (Cristo) está en la tierra. Durante Su encarnación los hombres caían sobre Él, y eran quebrantados. En la segunda mitad del versículo, la piedra desciende desde arriba. Cuando Cristo vuelva, Él va a esparcir a los desobedientes como polvo.

Un último y más evidente ejemplo de la combinación de ambas venidas es el que se halla en Hebreos 9:26, 28:

De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado... así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

Cristo apareció en una ocasión para quitar el pecado por el sacrificio de Sí mismo; ésta fue Su Primera Venida. Y aparecerá la segunda vez, sin relación con el pecado, para salvación. Esto será cuando Él vuelva de nuevo.

Capítulo 3

Fases del retorno de Cristo

En el capítulo anterior vimos que es necesario diferenciar entre la primera y la segunda venida de Cristo. La primera pertenece a la historia; tuvo lugar hace casi 2000 años. La segunda pertenece a la profecía; es todavía futura.

Pero es necesario darse cuenta de que la Segunda Venida de Cristo no constituye un solo evento. Más bien, tiene lugar a lo largo de un período de tiempo y tiene cuatro etapas o fases. Así, en este capítulo deseamos distinguir estas fases.

En el lenguaje original del Nuevo Testamento, la palabra normal para “venida” significa “una presencia” o “un venir juntamente”. Denota una llegada y una presencia subsiguiente. Se utilizaba con frecuencia para la llegada de un rey y la visita que la seguía.

Incluso en la lengua castellana se utiliza la palabra “venida” de esta manera. Por ejemplo, la venida de Cristo a Galilea trajo curación a multitudes. Aquí no significa solamente el día que Él llegó a Galilea, sino también todo el período de tiempo que Él pasó en aquella zona.

Así, cuando pensamos en la Segunda Venida de Cristo, deberíamos pensar en un período de tiempo, más que en un evento aislado. Este período de tiempo tiene cuatro etapas, como sigue:

- Un principio.
- Un curso.
- Una manifestación.
- Un clímax.

1. El principio de la venida de Cristo

El principio de la venida de Cristo es el Arrebatamiento o Rapto, esto es, la venida de Cristo a por Sus santos. Él vendrá en el aire, los muertos en Cristo serán resucitados, los creyentes vivos serán transformados, y todos irán a la casa del Padre. Esto podría tener lugar en cualquier momento y tendrá lugar en un instante del tiempo.

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después, los que son de Cristo, en *su venida* (1 Co. 15:22,23).

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él. Por lo cual os decimos esto por palabra del Señor: que nosotros los que vivimos, que habremos quedado hasta la *venida* del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras (1Ts. 4:13-18).

Pero con respecto a la *venida* de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos (2 Ts. 2:1).

Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la *venida* del Señor se acerca (Stg. 5:7,8).

Y ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su *venida* no nos alejemos de Él avergonzados (1 Jn. 1:28).

Otros pasajes que se refieren al Arrebatamiento son Juan 14:14; 1 Corintios 15:51-54; Filipenses 3:20, 21; 1 Tesalonicenses 1:10; Hebreos 9:28; 1 Juan 3:2; y Apocalipsis 22:7, 20.

2. El curso de la venida de Cristo

La segunda etapa, el curso de la venida de Cristo, incluye el Tribunal de Cristo, cuando se darán los premios a los creyentes por su fiel servicio.

Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? (1 Ts. 2:19).

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la *venida* de nuestro Señor Jesucristo (1 Ts. 5:23).

Ver también Romanos 14:10-12; 1 Corintios 3:11 -15; 2 Corintios 5:10; 2 Timoteo 4:7, 8.

Otro evento que probablemente debiera incluirse en el *curso* de la venida de Cristo es la Cena de las Bodas del Cordero. Por su localización en el libro del Apocalipsis sabemos que ello tendrá lugar antes del glorioso reinado de Cristo. Lo incluimos aquí a pesar de que no se utiliza la palabra *venida* en relación con este suceso.

Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios (Ap. 19:6-9).

Mientras que estos eventos están teniendo curso en el cielo, la tierra estará experimentando un tiempo de tribulación. Éste será un período de aproximadamente siete años durante el cual Dios derramará Sus juicios, con una intensidad continuamente creciente, sobre la tierra (Dn. 9:27; Mt. 24:4-28; Ap. 6-19). La última mitad de este período recibe de una angustia y unos desastres de una severidad sin precedentes.

3. La manifestación de la venida de Cristo

La tercera fase es la manifestación de la venida de Cristo, esto es, Su retorno a la tierra en poder y gran gloria para reinar como Rey de reyes y Señor de señores. El Arrebatamiento no será presenciado por el mundo; tendrá lugar en un abrir y cerrar de ojos. Pero todo ojo verá a Cristo cuando Él venga a reinar. Por ello se le llama la manifestación de Su venida. Ésta es la tercera fase de Su venida.

Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu *venida*, y del fin del siglo? (Mt. 24:3).

Porque como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la *venida* del Hijo del Hombre (Mt. 24:27).

Mas como en los días de Noé, así será la *venida* del Hijo del Hombre (Mt. 24:37).

Y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la *venida* del Hijo del Hombre (Mt. 24:39).

Para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la *venida* de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos (1Ts. 3:13).

Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su *venida* (2 Ts. 2:8).

Porque no os hemos dado a conocer el poder y la *venida* de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad (2 P.1:16). (Aquí Pedro se refiere a la manifestación de la venida de Cristo tal como fue anticipada en el monte de la Transfiguración).

Para otras referencias a esta tercera etapa de la venida de Cristo, ver Zacarías 14:4; Malaquías 4:1-3; Hechos 1:11; 2 Tesalonicenses 1:7-9; Judas 14; Apocalipsis 1:7; 19:11-16.

4. El clímax de la venida de Cristo

La última etapa es el *clímax* de la venida de Cristo, la destrucción de los cielos y de la tierra con fuego. Sigue al reino milenarismo de Cristo sobre la tierra. A ello se refiere la 2 Epístola de Pedro 3:4, 7-13:

Y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación... pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos, Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.

En este capítulo leemos que en los últimos días surgirán burladores que negarán la probabilidad de la venida de Cristo. ¿A qué aspecto de Su venida se refieren?

¿Se refieren acaso al Arrebatamiento? No. Probablemente no saben nada acerca del Arrebatamiento. ¿Se están refiriendo acaso a la venida de Cristo a reinar? No. Es evidente que no es esto. Todo el contexto indica que lo que ellos están ridiculizando es el castigo final de todos los hacedores de maldad por parte del Señor. Se refieren a un último juicio supremo de Dios sobre la tierra, o lo que ellos denominan “el fin del mundo”. El argumento de ellos es que no tienen nada acerca de qué preocuparse. Dios no ha intervenido jamás en la historia y tampoco intervendrá en el futuro. Así, ellos creen que son libres de continuar en sus malvadas palabras y acciones.

Pedro da respuesta a su burla señalando al tiempo, *después del reino milenarismo de Cristo*, cuando los cielos y la tierra que ahora conocemos serán totalmente destruidos. Este clímax de la venida de Cristo tendrá lugar después del Milenio, y en la introducción del Estado Eterno.

Pero, dirá alguno, ¿cómo se sabe que la primera y tercera etapa, el Arrebatamiento y la Manifestación, constituyen eventos separados? La respuesta consiste en que se hallan diferenciados en las Escrituras de las siguientes maneras:

El Arrebatamiento (Rapto)

1. Cristo viene en aire (1 Ts.4:16,17)
2. Él viene a por Sus santos (1 Ts. 4:16,17).
3. El Arrebatamiento es un misterio, esto es, una verdad desconocida en los tiempos del Antiguo Testamento (1 Co. 15:51).
4. Nunca se dice que la venida de Cristo a por Sus santos vaya precedida de señales en los cielos.
5. El Arrebatamiento está identificado con el Día de Cristo (1 Co. 1:8; 2 Co. 1:14; Fil. 1:6,10).
6. El Arrebatamiento es presentado como un tiempo de bendición (1 Ts. 4:18).
7. El Arrebatamiento tiene lugar en un momento, en un abrir y cerrar de ojos (1 Co. 15:52). Esto implica de una manera poderosa que éste no será presenciado por el mundo.
8. El Arrebatamiento parece implicar principalmente a la Iglesia (Jn. 14:14; 1 Co. 15:51-58; 1 Ts. 4:13-18).
9. Cristo viene como la Estrella resplandeciente de la Mañana (Ap. 22:16).

La Manifestación

1. Él viene a la tierra (Zac. 14:4).
2. Él viene con Sus santos (1Ts.3:13; Jud.14).
3. La Manifestación no es un misterio; es tema de muchas profecías del Antiguo Testamento (Sal, 72; Is. 11; Zac. 14).
4. La venida de Cristo con Sus santos será anunciada por señales en los cielos (Mt. 24:29, 30).
5. La Manifestación es identificada con el Día del Señor (2 Ts. 2:1-12).
6. El principal énfasis de la Manifestación recae en el juicio (2 Ts. 2:8-12).
7. La Manifestación será visible alrededor de todo el mundo (Mt. 24:27; Ap. 1:7).
8. La Manifestación implica principalmente a Israel, y también a las naciones gentiles (Mt. 24:1—25:46).
9. Cristo viene como el Sol, de Justicia con salvación en Sus alas (Mal. 4:2).

Capítulo 4

La ley y la gracia

La ley y la gracia son dos maneras opuestas con las que Dios trata con la raza humana. Podemos describirlos como principios distintos bajo los que Él prueba al hombre. O pensamos acerca de ellos como pactos que Él ha hecho con Su pueblo: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1; 17).

Bajo el principio de la ley, el hombre recibe lo que se gana o merece. Bajo la gracia se le libra de lo que se merece y recibe riquezas más allá de toda descripción; todo ello como un don de gracia. Los dos principios son descritos así en Romanos 4:4, 5:

Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, si no cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

La gracia y la ley son mutuamente exclusivas; esto es, no pueden ser mezcladas. “... Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia” (Ro. 11:6).

La ley es un pacto condicional. Dios dice: “Si obedecéis, os premiaré, pero si desobedecéis, tendré que castigaros”. La gracia es un pacto incondicional. Dios dice: “Os bendeciré de pura gracia”.

La ley dice *haz*, mientras que la gracia dice *cree*. Pero creer no impone una condición; constituye simplemente una respuesta razonable de una criatura a su Creador. Y no es meritório; nadie puede enorgullecerse de haber creído en el Señor. Sería una necedad no creer en la única persona digna de confianza en el universo.

Bajo la ley se demanda la santidad, pero no se provee ningún poder para vivir una vida santa. Bajo la gracia se enseña la santidad (Tit. 2:11, 12) y se provee el necesario poder. Alguien lo ha expresado así: “La ley exige una capacidad de aquel que no la tiene y le maldice si no puede ejercitarla. La gracia da capacidad al que no la tiene y le bendice en su ejercicio”.

La ley trae una maldición: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gá. 3:10). La gracia trae bendición: “Siendo justificados gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24).

Bajo la ley se potencia la vanagloria, pero bajo la gracia ésta es eliminada. “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe” (Ro. 3:27).

No puede haber ninguna seguridad de salvación bajo la ley; nadie podría saber si habría efectuado las buenas obras suficientes o el tipo necesario de buenas obras. Bajo la gracia existe una plena seguridad debido a que la salvación es un don; y ¡uno sabe cuándo ha recibido un don!

Una persona bajo la ley no podría tener una verdadera seguridad debido a que no podría hallarse segura de que continuaría cumpliendo los requisitos. Bajo la gracia el creyente goza de seguridad eterna (Jn. 10:27-29), debido a que su salvación depende de la obra de Cristo.

No hay salvación por la ley. Dios nunca dispuso que nadie se salvara mediante tal principio. El propósito de la ley es mostrar al hombre que es un pecador, “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3:20), no el conocimiento de la salvación.

La salvación es por la gracia (Ef. 2:8, 9). Es el don libre y sin reservas por parte de Dios a aquellos que reciben al Señor Jesucristo como la única esperanza para ellos de ir al cielo.

Bajo la ley se potencia el pecado (Ro. 7:8-13); bajo la gracia es despreciado. Cuando el hombre pecador es puesto bajo la ley, inmediatamente quiere hacer aquello que está prohibido. Ello no es por culpa de la ley, sino que es la respuesta del pecado en la naturaleza del hombre. Bajo la gracia, el pecado es despreciado. La memoria de lo que nuestros pecados le costaron al Salvador hace que nos alejemos de ellos.

Bajo la ley nunca termina el trabajo. Esta es la razón por la que el sábado, el séptimo día, venía después de toda una semana de esfuerzos. La gracia nos habla de una obra acabada, por lo que empezamos nuestra semana con el día del Señor, nuestro día de descanso.

La ley nos dice qué es lo que el hombre debe hacer. La gracia nos revela lo que Dios ha hecho en Cristo.

La ley es un sistema de esclavitud (Gá. 4:1 -3); la gracia es un sistema de libertad (Gá. 5:1). Los hombres son siervos bajo la ley; los hombres bajo la gracia son hijos.

La ley dice: "Amarás..." La gracia dice: "Porque tanto amó Dios..."

La ley dice: "Haz esto, y vivirás". La gracia dice: "Vive, y harás".

Bajo la ley un hijo rebelde era echado fuera de la ciudad y apedreado (Dt. 21:18-21).

Bajo la gracia el hijo pródigo puede confesar su pecado y volver de nuevo a la comunión de su padre (Le. 15:21-24).

Bajo la ley las ovejas mueren por el pastor. Bajo la gracia, el pastor muere por las ovejas (Jn, 10:11).

La superioridad de la gracia se ha descrito de la siguiente manera: La gracia no consiste en buscar hombres para poderlos aprobar (porque no es de la gracia sino de la justicia el aprobar la bondad) si no que consiste en buscar hombres condenados, culpables, sin excusa, e inermes a los que poder salvar, santificar y glorificar.

Capítulo 5

Tres tiempos de la salvación

Cuando llegamos a ser cristianos por primera vez la mayor parte de nosotros solamente puede pensar en un tipo de salvación, la salvación de nuestras almas. En nuestro estudio bíblico tratamos automáticamente de encajar este significado en cada uso de la palabra. Pero pronto nos damos cuenta de que no siempre encaja.

Entonces nos llegamos a dar cuenta de que la salvación es una palabra muy general que significa liberación, seguridad, o salud. En Filipenses 1:19, por ejemplo, Pablo la utiliza con respecto a su esperada liberación de la prisión:

Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación.

En Filipenses 2:12 la salvación significa algo muy diferente; significa la solución de un problema que se había suscitado en la iglesia de Filipos. Había surgido serio caso de desunión (Fil. 2:1-4; 4:2). Pablo recuerda a los cristianos que la respuesta al problema era que todos ellos adquirieran la mente humilde y santificada del Señor Jesús. Entonces les dice en el versículo 12:

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor.

En otras palabras: “Os he mostrado el camino de la liberación del problema en que estáis sumidos. Ahora trabajad en su solución con temor y temblor”.

Hay tres pasajes en los que se utiliza la salvación para describir la liberación de morir ahogado:

Entonces los marineros procuraron huir de la nave, y habían echado el esquiife al mar, aparentaban como que querían las anclas de proa. Pero Pablo dijo al centurión y a los soldados: Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros. (Hch. 27:30, 31).

Por la fe, Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase (He. 11:7).

... fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua (1 P. 3:19,20).

Pero los usos de la palabra “salvo” y “salvación” en que estamos primariamente interesados son aquellos que tienen que ver con la liberación del pecado. Este es el significado más normal en el Nuevo Testamento.

Tenemos que aprender aquí a distinguir los tres tiempos de la salvación: pasado, presente y futuro:

Pasado: Fui salvado de la *pena* del pecado.

Presente: Estoy siendo salvado del *poder* del pecado.

Futuro: Seré salvado de la *presencia* del pecado.

Tiempo pasado

Hay aquí algunos versículos que hablan principalmente de la salvación de la pena del pecado:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios (Ef. 2:8).

[Dios] quien nos salvó y llamó con llamamiento santo (2 Ti. 1:9).

Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo (Tit. 3:5).

Nota: En estos tres ejemplos la palabra “salvo” está en tiempo pretérito. No obstante, hay otros versículos que hablan de nuestra liberación de la pena del pecado que no se hallan en tiempo pasado.

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hch. 4:12).

Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo (Ro. 10:9).

Así que, uno tiene que decidir por el contenido del versículo más que por el tiempo del verbo si lo que allí se significa es el tiempo pasado de la salvación. Si de lo que se trata es de la liberación de-una-vez-por-todas de la condenación del pecado, entonces se sabe que es el tiempo pasado de la salvación.

Tiempo presente

Aunque es verdad que he sido salvado, también es cierto que estoy *siendo* salvado cada día. He sido salvado de la condenación; estoy siendo salvado de daño. He sido salvado de la paga del pecado; estoy siendo salvado del *poder* del pecado. He sido salvado mediante la obra acabada de Cristo en la Cruz; estoy siendo salvado mediante Su vida y ministerio en mi favor a la diestra de Dios. Esto es lo que se quiere decir, por ejemplo, en Romanos 5:10:

Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida.

El tiempo presente de la salvación es muy igual a la santificación; el proceso de ser separados del pecado y de la contaminación y ser acercados hacia Dios. Es acerca de esta salvación como un proceso continuo que leemos en Hebreos 7:25:

Por lo cual puede también salvar completamente a los que por medio de él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

Tiempo futuro

Finalmente, existe el aspecto futuro de la salvación. Cuando nos encontremos cara a cara con el Señor seremos salvados de la *presencia* del pecado. Nuestros cuerpos serán redimidos y glorificados. Los siguientes versículos describen la gloriosa consumación futura de nuestra salvación:

Porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos (Ro. 13:11).

Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Ts. 5:8,9).

Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan (He. 9:28).

[Vosotros] que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (I P. 1:5).

Los tres tiempos

Si se encuentra dificultad en acoplar un versículo a uno de los tres tiempos, recuérdese que podría ser aplicable a los tres tiempos a la vez. Aquí tenemos un par de ejemplos:

Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21).

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Ef. 1:13).

Así que, en casos como estos no se tiene que escoger, debido a que se aplican con la misma fuerza a las tres fases de la salvación.

Capítulo 6

Perdón judicial y paterno

En las Escrituras se hallan dos tipos diferentes de perdón, y si vamos a ser estudiantes cuidadosos de las Escrituras, debemos aprender a distinguirlos. Los llamaremos perdón *judicial* y perdón *paterno* (aunque estos nombres mismos no se encuentran en la Biblia).

Para ponerlo en forma sencilla, el perdón judicial es el perdón de un *juez*, y el perdón paterno es el perdón de un *padre*. El primer término sale del *juzgado*, y el segundo del hogar.

Vayamos primero al juzgado. Dios es el Juez y el pecador es el que se halla bajo juicio. El hombre es culpable de pecado, y la pena es muerte eterna. Pero el Señor Jesús aparece y declara: “¡Yo pagaré la pena de los pecados merecida por el hombre: Yo moriré como su sustituto!” Esto es lo que el Salvador hizo en la Cruz del Calvario. Ahora el Juez anuncia al pecador: “Si te rindes a mi Hijo como Señor y Salvador, te perdonaré”. Tan pronto como el hombre pone su fe en el Salvador, recibe el perdón judicial de todos sus pecados. Él nunca deberá pagar su castigo por ellos en el infierno, porque Cristo lo ha pagado todo. El pecador ya perdonado entra ahora en una nueva relación: Dios ya no es más su Juez, ahora es su Padre.

Así que, ahora vamos al hogar para tener la ilustración del perdón paterno. Dios es el Padre y el creyente es Su hijo. En un momento de descuido, el hijo comete un pecado, ¿Qué sucede entonces? ¿Sentencia Dios al hijo a muerte por su pecado? ¡Naturalmente que no, porque Dios ya no es más Juez de Él, sino su Padre! ¿Qué sucede? Bien, se rompe la comunión dentro de la familia. Se desvanece el feliz espíritu familiar. El hijo no ha perdido la salvación, pero ha perdido el *gozo* de su salvación. Y pronto puede empezar a experimentar la disciplina de su Padre, a fin de volver a la comunión con Él. Tan pronto como el hijo confiesa su pecado, recibe el perdón paterno.

El perdón judicial tiene lugar una vez por todas en el momento de la conversión; el perdón paterno tiene lugar cada vez que un creyente confiesa y abandona su pecado. Esto es lo que Jesús enseña en Juan 13:8-10: Necesitamos tan solamente una vez el lavamiento de la regeneración para librarnos de la paga del pecado, pero precisamos de muchos limpieamientos a lo largo de nuestra vida cristiana para conseguir el perdón paterno.

La diferencia entre ambos tipos de perdón puede quedar resumida gráficamente de la siguiente manera:

	Judicial	Paterno
Posición de la persona	Pecador (Ro. 3:23)	Hijo (1 Jn. 3:2)
Relación con Dios	Juez (Sal. 96:13)	Padre (Gá. 4:6)
Resultado del pecado	Muerte eterna (Ro. 6:23)	Comunión rota (1 Jn. 1:6)
Papel de Cristo	Salvador (1 Ti. 1:15)	Sumo Sacerdote y Abogado (He. 4:14-16; 1 Jn. 2:1)
Necesidad de la persona	Salvación (Hch. 16:30)	Gozo de la salvación (Sal. 51:12)
Medios de perdón	Fe (Hch. 16:31)	Confesión (1 Jn. 1:9)
Tipo de perdón	Judicial (Ro.8:1)	Paterno (Lc. 15:21,22)

Consecuencia evitada	Infierno (Jn. 5:24)	Castigo (1 Co. 11:31,32). Pérdida de recompensas ante el Tribunal de Cristo (I Co. 3:15)
Resultado positivo	Relación nueva (Jn. 1:12)	Comunión renovada (Sal. 32:5)
Frecuencia	Una sola vez (un lavamiento de regeneración) (Jn. 13:10)	Muchas veces (muchas limpiezas) (Jn. 13:8)

Desde ahora, cuando llegemos a un versículo que habla del perdón, dado una vez por todas, que se nos otorga a los pecadores por la obra acabada de Cristo, sabremos que trata del perdón judicial. Lo que sigue a continuación lo ilustra:

En quien tenemos redención por medio de su sangre, *el perdón de pecados* según las riquezas de su gracia (Ef. 1:7).

Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo (Ef. 4:32).

Y a vosotros, estando muertos en pecado y en la “*incircuncisión*” de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados (Col. 2:13).

No obstante, hay otros pasajes de las Escrituras que hablan del perdón paterno:

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro padre os perdonará vuestras ofensas (Mt. 6:14,15).

No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados (Le. 6:37).

Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas (Mr. 11:25).

Nótese que en dos de estos versículos Dios es mencionado como Padre de una forma específica; es el perdón del *Padre* que está involucrado. Nótese también que el perdón que recibimos depende de nuestra disposición de perdonar a otros. Este no es el verdadero perdón judicial; la buena disposición a perdonar a otros no constituye una condición para la salvación. Pero sí que es una condición del perdón paterno; nuestro Padre no nos perdonará si nosotros no nos perdonamos unos a otros.

En Mateo 18:23-35 Jesús relata la historia de un siervo al que el rey le había perdonado 10.000 talentos. Pero aquel mismo siervo no quería perdonar cien denarios a uno de sus compañeros. Por ello, el rey se enojó con él y lo entregó a los carceleros hasta que pagara su deuda. Jesús terminó esta parábola diciendo: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

Uno de los atractivos del estudio bíblico es el de observar estas distinciones básicas y ser capaces de aplicarlas en nuestra lectura diaria. Desde ahora, cuando llegemos al tema del perdón en la Palabra deberíamos ser capaces de decir: “Sí, esto se refiere al perdón judicial” o, sino, “esto debe referirse al perdón del Padre hacia Su hijo”.

Capítulo 7

Tipos de santificación

La palabra “santificar” significa “poner aparte”. Existe toda una familia de palabras — santificar, santo, santificación, santidad, consagrar, consagración, consagrado— que tienen todas el mismo significado básico. Muy a menudo la santificación significa el proceso de separarse de lo común o inmundo para el servicio divino. Pero no siempre. Si se recuerda que santificar significa “poner aparte”, se tendrá una definición que se ajusta a todos los casos.

En el Antiguo Testamento, Dios santificó el séptimo día (Gn. 2:3). Los primogénitos tanto del hombre como de las bestias eran consagrados a Dios (Éx. 13:2). A los sacerdotes se les ordenó que se santificaran al Señor (Éx. 19:22). El tabernáculo y todos sus utensilios fueron santificados (Éx. 40:9).

En el Nuevo Testamento se utiliza la santificación principalmente con respecto a las personas. No obstante, Jesús dijo que el Templo santifica al oro que hay en él, y que el altar santifica el don que se ofrece sobre él (Mt. 23:17, 19). Pablo enseñaba que cuando damos gracias por nuestros alimentos, éstos son santificados (1 Ti. 4:5).

Con respecto a la santificación de las personas, Dios santificó a Cristo y lo envió al mundo (Jn. 10:36); esto es, el Padre puso aparte a Su Hijo para la obra de salvarnos a nosotros de nuestros pecados. Jesús se santificó a Sí mismo (Ja 17:19); en otras palabras, Él se colocó aparte a Sí mismo a fin de interceder por Su pueblo.

Existe también un sentido en el que ciertos incrédulos son santificados. “Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido” (1 Co. 7:14). Esto significa que el cónyuge incrédulo es colocado aparte en una situación de privilegio al tener a su cónyuge cristiano orando por su salvación.

Y hay también un sentido en el que Cristo debería ser santificado por todos los creyentes: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones...” (1 P. 3:15). Le santificamos poniéndole a Él aparte como el Señor indiscutible de nuestras vidas.

Además de lo que antecede, hay también otras cuatro clases importantes de santificación que deberíamos distinguir en nuestro estudio del Nuevo Testamento. Éstas reciben el nombre de santificación de *preconversión*, santificación *posicional*, santificación *progresiva*, y santificación perfecta.

Santificación de preconversión

Mucho antes de que una persona nazca de nuevo, el Espíritu Santo ha estado obrando en su vida, poniéndole aparte del mundo para pertenecer a Cristo. Pablo se dio cuenta de que él había sido puesto aparte antes de nacer (Gá. 1:15). En 2 Tesalonicenses 2:13 el apóstol les recuerda a los tesalonicenses que había tres pasos en su salvación:

- Su elección por parte de Dios
- Su santificación por el Espíritu
- Su fe en la verdad

Nótese que su santificación tuvo lugar antes de que creyeran y fueran salvos.

En 1 Pedro 1:2 se encadena de la siguiente manera el orden de los eventos relacionados con la salvación:

- Elección y destino por Dios el Padre
- Santificación por el Espíritu
- Obediencia a Jesucristo
- Rociamiento con Su sangre

Dios nos eligió en la eternidad para que le perteneciéramos. Con el tiempo el Espíritu Santo nos puso aparte para el Señor. Entonces obedecimos el evangelio. Tan pronto como lo hicimos, todo el valor de la sangre derramada de Cristo nos fue aplicado. Pero el punto a señalar aquí es que la

santificación de la que nos habla Pedro es del tipo que tiene lugar antes de que una persona nazca de nuevo.

Santificación posicional

En el momento en que una persona nace de nuevo es santificada posicionalmente. Esto significa que, por lo que respecta a su posición ante Dios, está perfectamente puesta aparte para Dios, separada del mundo, porque está “en Cristo”. De una manera muy real, Cristo es su santificación (1 Co. 1:30).

Cada verdadero creyente es un santo; ha sido separado para el Señor. Ésa es su posición. Así, en 1 Corintios 1:3 se describe a todos los cristianos en la iglesia local de Corinto como “santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos”. No siempre se comportaban muy santamente. Toleraban el pecado en la comunión (1 Co. 5:1, 2). Iban en juicio unos contra otros (1 Co. 6:1). Tenían maestros que negaban la Resurrección (1 Co. 15:33, 34). Pero también es cierto que ellos, por lo que a su posición se refiere, eran santos: santificados en Cristo Jesús.

Veamos ahora algunos de los pasajes que tratan de la santificación posicional. En Hechos 20:32, la expresión “todos los santificados” se refiere a todos los creyentes. En Hechos 26:18 el Señor describe a Su pueblo como aquellos “que son santificados mediante la fe en mí” (VM). Los corintios son descritos como habiendo sido “lavados... santificados... justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co. 6:11). Y el autor de Hebreos nos recuerda que “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecho una vez para siempre” (He. 10:10). “Porque con una sola ofrenda ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados” (He. 10:14).

La santificación posicional es también indicada a veces por la utilización de la palabra “santo”. Así sucede en Colosenses 3:12, donde Pablo se refiere a los cristianos como “santos”, refiriéndose a su posición ante Dios.

Santificación progresiva

Mientras que hay muchos versículos de las Escrituras que afirman que el cristiano está santificado, hay muchos otros que dicen que debería santificarse. Si dejamos de distinguir los tipos de santificación, podemos confundirnos.

La santificación progresiva o práctica se refiere a lo que debería realizarse en nuestras vidas diarias. Deberíamos estar viviendo vidas de separación para Dios saliendo del pecado y del mal. Los santos deberían ir santificándose cada vez más.

Es este aspecto de la santificación al que Jesús se refiere en Juan 17:17 cuando oraba por los suyos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”.

La cooperación del creyente va envuelta en esto (2 Ti. 2:21). Siempre que se hallan exhortaciones con respecto a la santificación o a la santidad se puede tener la certeza de que el tema es el de la santificación práctica. Así, Pablo apremia a los corintios, “... limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1). Y, en la misma línea, escribía Pedro: “... como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 P. 1:15).

Una forma particular de santificación práctica se refiere a la separación de la inmoralidad. “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación; que cada uno de vosotros sepa señorearse de su propio cuerpo, en santificación y honra” (1 Ts. 4:3,4, VM).

¿Cómo se transforma el cristiano en más santo, más semejante al Señor Jesús? La respuesta la hallamos en la 2 Epístola a los Corintios 3:18:

Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

La santidad práctica proviene de nuestra ocupación con el Señor. Es un principio en la vida que nos vamos asemejando a aquello que adoramos. Cuanto más contemplemos a Cristo, tanto más

nos volveremos como Él es. El Espíritu Santo obra esta maravillosa transformación: ¡no de repente, sino de un grado de gloria a otro!

Santificación perfecta

Este aspecto de la santificación es aún futuro para el creyente. Cuando vea al Salvador cara a cara quedará para siempre liberado de todo pecado y contaminación. Será moralmente como el Señor Jesús: perfectamente santificado.

Es sobre esto que leemos en Colosenses 1:22: “En su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él”.

Aquel día la iglesia recibirá su santificación definitiva: “A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:27).

Otros pasajes describen nuestra perfecta santificación sin mencionar la palabra. Por ejemplo, Juan dice: “... sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2). Y Judas nos recuerda que nuestro Señor nos presentará “sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Jud. 24).

Será de gran ayuda en el estudio bíblico distinguir entre estos varios aspectos de la santificación. Siempre que se hallen palabras que traten de la santidad, uno debería preguntarse: “¿Sucedió esto antes de la conversión? ¿Es esto lo que soy en Cristo? ¿Es esto lo que debería ser yo más y más cada día? ¿O es esto lo que seré cuando sea introducido a la gloriosa presencia del Señor Jesucristo?”

Capítulo 8

Aspectos de la justificación

El Nuevo Testamento enseña que estamos justificados por gracia, fe, sangre, poder, y por las obras. Éste es un terreno en el que podría darse bastante confusión, si no contradicción, a no ser que nos demos cuenta que en cada caso se está presentando un aspecto distinto del mismo tema.

Ante todo, ¿qué es lo que significa justificación? Justificar significa “declarar justo”. No significa *hacer justo*, sino *declarar ser justo*. En realidad es un término legal. Proviene de los tribunales.

No somos justos por nosotros mismos. No poseemos justicia. Pero cuando recibimos a Jesucristo como Señor y Salvador, Dios nos cuenta como justos en base a la obra vicaria de Cristo. Cuando estamos “en Cristo”, Dios puede declararnos justos en justicia debido a que se ha procurado una plena satisfacción de nuestros pecados en el Calvario. El pecador que cree es revestido de toda la justicia de Dios. “Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

Como ya hemos mencionado al principio, se dice que la justificación es por gracia, fe, sangre, poder y por las obras. ¿Cómo puede ser mediante estas cinco maneras?

Primero, la justificación es por la gracia. Leemos en Romanos 3:24: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”. Esto significa que uno no merece ser justificado. No puede hacer méritos para ello ni ganárselo; tiene que recibirlo como un don. La gracia es el terreno sobre el que Dios da justificación al hombre —completamente inmerecida y sin ganar— libremente, como don.

En segundo lugar, la justificación es por la fe. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). Esto significa que el pecador tiene que recibir la justificación por un acto definido de confianza en el Salvador. Confesándose ser digno solamente del infierno, tiene que aceptar al Señor Jesucristo como Aquél que pagó pena de sus pecados en la Cruz,

La gracia de Dios descendiendo hacia el hombre culpable y ofreciendo la justificación como un libre don en base a la obra redentora de Cristo en el Calvario. La fe es el hombre arrepentido levantando las manos y recibiendo el don de Dios sin ningún pensamiento de merecérselo por su carácter, ni de ganárselo por sus obras.

La justificación es también por la *sangre*. “... mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Ro. 5:9). Esto se refiere, naturalmente, al precio que tenía que ser pagado a fin de que yo pudiera ser justificado. El santo Salvador derramó Su preciosa sangre a fin de cancelar la deuda que mis pecados habían acumulado. El enorme valor de mi justificación se ve en el precio abrumador que fue pagado para conseguirla.

Mientras que no hay ningún pasaje de las Escrituras que diga con estas mismas palabras que somos justificados por *poder*, esta verdad está contenida en Romanos 4:25: “[Él] el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Aquí nuestra justificación se relaciona inmediatamente con la resurrección de Cristo. ¡Y con mucha justicia! Si Él no hubiera resucitado nuestra fe sería en vano, y estaríamos todavía en nuestros pecados (1 Co. 15:17). Así, nuestra justificación queda inseparablemente relacionada con el poder que levantó a nuestro Señor Jesús de los muertos. Ésta es la razón por la que decimos que estamos justificados por poder.

Finalmente, estamos justificados por las *obras*. “Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (Stg. 2:24). Aquí es donde parece surgir una aparente contradicción. El apóstol Pablo enseña, sin lugar a dudas, que somos justificados por la fe sola. Pero Santiago parece decir aquí: “No es así. Somos justificados por la fe y por las obras”. No obstante, esto no es lo que Santiago está diciendo. Él no enseña que la justificación se obtiene inicialmente haciendo buenas obras. Tampoco dice que somos justificados con fe y obras. Lo que él está diciendo es que somos justificados *por el tipo de fe que resulta en una vida de buenas obras*.

Es inútil que uno *diga* que tiene fe si no tiene obras que apoyen su pretensión. Esta clase de fe —esto es, el tipo de fe de palabra nada más— no vale nada (Stg. 2:14-17). La verdadera fe es invisible pero puede ser demostrada por las obras (Stg. 2:18). Abraham fue justificado al creer al Señor (Gn. 15:6), pero años más tarde demostró que aquella fe era genuina al estar dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac como holocausto (Gn. 22:9-14). Rahab demostró la realidad de su fe al dar refugio a los espías israelitas y al ayudarlos a escapar (Stg. 2:25). Así que, cuando hablamos de la justificación por las obras, queremos decir que las obras son la manifestación exterior de que realmente hemos sido justificados por la fe. Las obras no son la causa; son el efecto. No son la raíz; son el fruto.

Poniendo todo esto en conjunto hallamos que el Nuevo Testamento nos enseña que somos justificados por:

- La *gracia*: esto significa que no lo merecemos.
- La *fe*: esto significa que tenemos que recibirlo.
- La *sangre*: esto significa que hemos sido comprados por la sangre del Salvador.
- El *poder*: esto significa que la Resurrección demuestra la satisfacción de Dios con la obra del Salvador.
- Las *obras*: esto significa que cuando hayamos sido verdaderamente justificados por la fe, habrá buenas obras que lo demostrarán.

Todos estos aspectos de la justificación han recibido su expresión poética de la siguiente manera:

La soberana gracia de Dios me eligió
Para tener una mansión en el cielo;
Esta fue para mí Su buena voluntad;
Por la gracia me justificó.

Al fin de los tiempos Cristo en Calvario murió
Allí brotó aquella fuente carmesí
Que toma como blanco de nieve lo más vil;
Con Su sangre me justificó.

Su sello: Dios le resucitó,
Si temores culpables pudieran surgir
Su resurrección toda duda acallará;
Con poder magno me justificó.

El Espíritu Santo me guió,
Las palabras de la Escritura a oír,
Vi la verdad; ¡Cristo murió por mí!
Por la fe me justificó.

Si alguien de que de Cristo soy dudó,
Si una sospecha levantara la cabeza,
Mostraré con hechos que soy de Él;
Por las obras me justificó.

Alabo al Señor, todo me dio,
La gracia, la fe, la sangre,
El poder de Su resurrección, obras, sí,
Es Dios quien me justificó.

Capítulo 9

Posición y práctica

No hay otra clave más útil para la comprensión del Nuevo Testamento que el entendimiento de la diferencia entre la posición y la condición del creyente. Si no se ve esta distinción, habrá momentos en que se hallarán pasajes que parecerán realmente problemáticos e incluso aparentemente contradictorios.

En ocasiones se mencionan la posición y la condición con los nombres de posición y estado. El significado es el mismo. Brevemente, la posición del cristiano es la posición que tiene en Cristo: lo que Él es en Cristo. Su condición, o estado, o práctica, es lo que él es en sí mismo; o mejor dicho, lo que debiera ser. El primer concepto tiene que ver con la doctrina. El segundo, con su deber.

Existe una diferencia entre lo que el creyente es en Cristo y lo que es en sí mismo. La gracia ha dado al hombre en Cristo una posición absolutamente perfecta delante de Dios. Él es aceptado en el Amado (Ef. 1:6), y completo en Cristo (Col. 2:10). Sus pecados han sido perdonados y está revestido de toda la justicia de Dios (2 Co, 5:21). Para él no constituye presunción el afirmar:

Cerca de Dios, tan cerca,
Que más cerca no puedo estar;
Porque en la persona del Amado,
Tan cerca estoy como Él.

Querido de Dios, tan querido,
Que más querido no puedo ser;
El amor con que Su Hijo es amado,
Es el amor que siente por mí.

Vemos así que la práctica del creyente es una cosa distinta. Desafortunadamente, está lejos de ser perfecta. En la mayor parte de los casos varía día a día. En ocasiones el creyente se halla espiritualmente sobre la cumbre de la montaña, en otras ocasiones se halla en el valle de la derrota.

Pero la voluntad de Dios es que nuestra práctica se vaya aproximando progresivamente a nuestra posición. Surgiendo del amor a Aquel que murió por nosotros, nuestras vidas diarias deberían estar en constante crecimiento a la semejanza de Cristo. Naturalmente, nunca llegaremos a un estado perfecto en esta vida; esto no tendrá lugar hasta que muramos o hasta que el Salvador venga. Pero el proceso debería ir en continuo progreso; deberíamos llegar a ser en la práctica más y más en semejanza a lo que somos en posición.

Cuando veamos al Salvador seremos automáticamente como Él (1 Jn. 3:2). Esta transformación tendrá lugar por el poder divino, sin nuestra cooperación. Pero le da más gloria a Dios si Su pueblo va creciendo a la semejanza del Señor Jesús en esta vida.

¿Cómo puede uno saber si un pasaje particular está hablando de posición o de práctica? Bien, se debe estar atento a expresiones como “en Cristo”, “en el Amado”, o “en Él”; cuando se hallan expresiones así, por lo general se puede estar seguro de que el autor está hablando de nuestra posición (ver Ef. 1:3-14). La mejor forma de identificar nuestra práctica es notar cuando un versículo dice lo que deberíamos ser o hacer.

El orden invariable del Nuevo Testamento es el de hallar primero la posición, después la práctica. Varias de las epístolas se hallan estructuradas en este orden. Por ejemplo, en Efesios, los primeros tres capítulos describen lo que somos en Cristo; los últimos tres describen lo que deberíamos ser en nuestra vida diaria. En los tres primeros nos hallamos en lugares celestiales en Cristo; en los tres últimos estamos tratando con los engorrosos problemas del hogar y del mundo de las actividades.

Veamos ahora lo útil que es estar consciente de esta distinción en nuestro estudio del Nuevo Testamento. Aquí tenemos siete ejemplos de la diferencia entre la posición y la práctica.

Posición

Práctica

Ejemplo 1

Porque con una sola ofrenda ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados (He.10:14).

Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro padre que está en los cielos es perfecto (Mt 5:48).

El primer versículo dice que los creyentes *son* perfectos; el segundo dice que todos los creyentes *deberían* ser perfectos. Esto parecería una contradicción si no nos diéramos cuenta de que el primero habla de nuestra posición y el segundo, de nuestro estado.

Ejemplo 2

Los que hemos muerto al pecado ¿cómo viviremos aún en él? (Ro. 6:2).

Así también vosotros consideraos muertos al pecado (Ro. 6:11).

Tú *estás* muerto al pecado: ésta es la posición en la que la gracia te ha situado. Ahora *debes estar* muerto al pecado día a día: esto es lo que tu práctica debiera ser.

Ejemplo 3

Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12).

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados (Ef. 5:1).

Tan pronto como una persona ha nacido de nuevo viene a ser un hijo de Dios. Desde entonces debería ser un seguidor de Dios como hijo amado. Todos los que son hijos de Dios deberían ser portadores de la imagen de la familia, o sea, deberían ser piadosos.

Ejemplo 4

Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor (1 Co. 1:9).

Yo... os exhorto a que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados (Ef. 4:1).

Hemos sido llamados a una maravillosa comunión. El privilegio implica responsabilidad. Deberíamos andar dignos en nuestra vocación.

Ejemplo 5

A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos (Ro. 1:7).

Que la recibáis en el Señor como es digno de los santos (Ro. 16:2).

Pablo se dirige a los cristianos en Roma como a santos; eran personas “puestas aparte”. Si eran salvos, eran santos. Pero los santos deberían comportarse como tales; este es el lado práctico de la cuestión, como se muestra en Romanos 16:2.

Ejemplo 6

Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe (Ef. 2:8).

Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor (Fil. 2:12).

Nuestra posición es un don de Dios. Nuestra condición es la forma en que deberíamos expresar nuestra gratitud. Nótese que la posición siempre viene primero, después la condición. No llegamos a ser cristianos por vivir la vida cristiana. Es al revés, vivimos la vida cristiana porque hemos llegado a ser cristianos.

Ejemplo 7

Como ejemplo último tomaremos Colosenses 3:1-5 y mostraremos cómo Pablo alterna entre la posición y la práctica.

Sí, pues, habéis resucitado con Cristo (v. 1a)

Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (v. 3).

Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (v. 1b)

Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra (v. 2).

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros (v. 5a).

Pablo, de hecho, está diciendo: “*Estáis* muertos; ahora, *morid*.” “Habéis resucitado; ahora, vivid la vida de resurrección”. Lo que de otra manera sería incompresible viene a aclararse cuando nos damos cuenta de que el apóstol está hablando acerca de lo que somos en Cristo por una parte y lo que deberíamos ser en nosotros mismos por la otra.

Para finalizar, voy a ilustrar cómo la distinción entre posición y condición me ayudó a través de un período difícil de mi vida. Después de ser salvo oía con frecuencia a gente citando 2 Corintios 5:17 al dar su testimonio:

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.

Hablaban de la maravillosa transformación que había tenido lugar en sus vidas: cómo *todas* las cosas viejas habían pasado y cómo *todas* las cosas se habían vuelto nuevas. Yo me quedaba sentado y decía: “Ojalá que yo también pudiera decir que todas las cosas viejas pasaron, y que todas se han vuelto nuevas”. Pero no era así. Todavía me quedaban algunos de mis hábitos antiguos, algunos malos pensamientos, arrebatos de ira, y muchos otros sudarios de los días anteriores a mi conversión. A veces dudaba de mi propia *salvación*.

Entonces un día noté la expresión “en Cristo”, y mi corazón saltó de gozo. Me di cuenta de que el versículo estaba hablando acerca de mi posición, no acerca de mi práctica. Y, naturalmente, “en Cristo” era totalmente cierto. En Él todas las cosas viejas habían verdaderamente pasado: la condenación, el dominio de Satanás, el temor de la muerte, etc. En Cristo todo era nuevo: el perdón, la aceptación, la justificación, la santificación, y una gran cantidad de otras bendiciones. Desde entonces este versículo no me ha producido ya más ningún terror. Lo amo. Y el conocimiento de lo que yo soy en Cristo me hace querer vivir para Él como Señor de mi vida.

Pregunta: En 1 Pedro 2:9 se hallan tanto la posición como la práctica. ¿Puedes identificarlas?

Capítulo 10

Relación y comunión

Este estudio es algo similar al anterior acerca de la posición y de la práctica. Pero la diferencia es lo suficientemente importante como para que le dediquemos un capítulo aparte.

Cuando una persona nace de nuevo se forma una nueva relación: viene a ser un hijo de Dios.

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12).

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1 Jn. 3:2).

Hay algo que es definitivo acerca de un nacimiento. ¿Has pensado alguna vez acerca de esto? Una vez que ha habido un nacimiento permanece para siempre. No puedes ir atrás y deshacerlo. Se forma una relación que no puede ser alterada. Digamos, por ejemplo, que los García acaban de tener un hijo. No importa lo que suceda, aquel niño será siempre hijo de los García, y ellos serán siempre sus padres. Más adelante en la vida puede llegar a deshonar a su familia, y ser causa de gran dolor. Pero la relación permanece: el señor García es el padre, y él es aún el hijo de García.

Apliquemos ahora esto al creyente. Mediante el nuevo nacimiento se forma una relación con Dios el Padre.

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Ro. 1:16).

Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo (Gá 4:7).

Se trata de una relación que no se puede romper. Cuando se ha llegado a ser hijo, se es siempre hijo.

Pero existe en esta verdad el otro lado de la moneda, y este lado es el de la comunión. La comunión significa compartir en común. Si la relación es unión, entonces la comunión sigue. Y mientras que la relación es una cadena que no puede ser rota, la comunión es un delicado hilo que se rompe con mucha facilidad.

El pecado rompe la comunión con Dios. Dos no pueden andar juntos a no ser que estén de acuerdo (Am. 3:3), y Dios no puede andar en comunión con Sus hijos cuando ellos pecan. “Dios es luz, y no hay ninguna tiniebla en Él” (1 Jn. 1:5). Él no puede gozar de comunión con los que estén escondiendo maldad en sus vidas.

La comunión permanece rota en tanto que el pecado permanece sin confesar y sin ser abandonado. Y la rotura de la comunión es algo muy serio. Por ejemplo, una decisión tomada por un creyente cuando no está en comunión con Dios podría poner una mancha sobre el resto de su vida. ¡Cuántos creyentes enfriados han elegido un cónyuge incrédulo y han arruinado sus vidas en lo que respecta a la utilidad de ellos para Dios! Sus almas han sido salvadas, pero sus vidas han quedado perdidas.

La rotura de la comunión atrae la disciplina de Dios. Aunque el creyente se halla libre del castigo eterno por sus pecados, no se halla libre de las consecuencias del pecado en su vida. ¿A qué se debía que algunos de los santos corintios estuvieran enfermos? Debido a que iban a la mesa de la comunión sin confesar primero sus pecados y corregirlos (1 Co. 11:29-32). Algunos de ellos incluso murieron. Ellos habían sido hechos aptos para el cielo mediante la obra redentora de Cristo Jesús, pero no eran aptos para continuar una vida de testimonio aquí en la tierra.

La rotura de la comunión resultará en una pérdida de galardones ante el Tribunal de Cristo (1 Co. 3:15). Todo el tiempo pasado fuera de comunión con Dios es un tiempo perdido para siempre.

Así mientras que nos gozamos en la verdad de que nuestra relación con Dios es imposible de romper, deberíamos temer mucho cualquier cosa que rompa nuestra comunión con nuestro Padre. En realidad, el conocimiento de que la gracia nos ha introducido en una relación tan maravillosa debería constituir nuestro más poderoso motivo para mantener una comunión continuada con el Señor. La gracia no alienta el pecado; constituye su más poderoso freno.

En el Antiguo Testamento, David constituye un ejemplo clásico de un santo cuya comunión con Dios quedó rota por el pecado. Leemos de su confesión y restauración en los Salmos 32 y 51.

En el Nuevo Testamento, se puede tomar al hijo pródigo como una ilustración de un creyente caído volviendo a la comunión (Le. 15:11-24; aunque se interprete generalmente la historia como la conversión del pecador). La comunión quedó rota por la rebeldía del hijo. Pero era todavía un hijo, en un país lejano. Tan pronto como volvió al hogar y empezó a confesar su pecado, la comunión quedó restaurada. El padre corrió y se abrazó a su hijo, y le besó.

En 1 Juan 2:1 leemos: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. Esto se escribe a los hijos, a aquellos que han nacido en la familia de Dios. El ideal de Dios era que Sus hijos no pecaran. Pero pecamos, y Dios ha procurado una provisión: “...y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre”. Señalemos esto: “abogado tenemos para con el Padre”. Dios es aún nuestro Padre, incluso cuando pecamos. ¿Cómo puede esto ser así? Porque la relación es algo que no se puede romper. ¿Qué sucede cuando pecamos? “Abogado tenemos para con *el Padre*, a Jesucristo el justo.” Él empieza inmediatamente a obrar en nuestras vidas, llevándonos al lugar en el que nos hallemos dispuestos a confesar y abandonar nuestros pecados, para así gozar de nuevo de la comunión del Padre.

Cuando veo la diferencia entre la relación y la comunión, tengo una ayuda para comprender estos pasajes de las Escrituras. También me hace apreciar la seguridad eterna que poseo en Cristo y ello me motiva a vivir en comunión con el Padre que tanto me ama.

Capítulo 11

El Día del Señor, el Día de Cristo, el Día de Dios

Por ahora, deberíamos ya haber desarrollado un cierto aprecio de la importancia de efectuar las distinciones apropiadas en nuestro estudio de las Sagradas Escrituras. Cuando llegamos al estudio de los eventos futuros, tendremos un buen principio para la comprensión de ellos si somos capaces de distinguir el Día del Señor, el Día de Cristo, y el Día de Dios.

El Día del Señor

Ciertamente, no se trata de un día de veinticuatro horas, sino de un período de tiempo marcado por ciertas características.

En el Antiguo Testamento “el Día del Señor” era utilizado para describir cualquier época de juicio, desolación y oscuridad (Is. 2:12; Jl. 2:1, 2). Era un tiempo en el que Dios marchaba en contra de los enemigos de Israel y los castigaba decisivamente (Sof. 3:8-12; Jl. 3:14-16; Abd. 15, 16; Zac. 12:8, 9). Era también toda ocasión en la que Dios castigaba a Su propio pueblo por su idolatría y apostasía (Jl. 1:15-20; Am. 5:18; Sof. 1:7-18). El Día del Señor hablaba principalmente de juicio sobre el pecado y de victoria de la causa del Señor (Jl. 2:31-32).

En el Nuevo Testamento, “el Día del Señor” cubre aproximadamente el mismo período que “los tiempos y las sazones” (Hch. 1:7; 1 Ts. 5:1). Empieza después del Arrebatamiento e incluye:

1. *La Tribulación* o, como se le ha llamado también, el tiempo de angustia para Jacob (Dn. 9:27; Jer. 30:7; Mt. 24:4-28; 1 Ts. 5:1-11; 2 Ts. 2:2; Ap. 6:1—19:16). Ésta es la primera fase del Día del Señor. Vendrá inesperadamente, como ladrón en la noche. Vendrá también repentinamente, destructiva, inevitable, e inescapablemente. Es un período de aproximadamente siete años durante los cuales Dios derramará Sus juicios sobre el judaísmo apóstata, el cristianismo apóstata, y las naciones gentiles. Estos juicios, en intensidad creciente, se ilustran en el libro de Apocalipsis bajo el símbolo de siete sellos, siete trompetas, y siete copas. La última mitad de la Tribulación recibe el nombre de la Gran Tribulación; será la mayor época de angustia que el mundo haya experimentado o que vaya a experimentar,

2. *La venida de Cristo con Sus santos* (Mal. 4:1-3; 2 Ts. 1:7-9). Al final del período de la Tribulación el Señor Jesús volverá a la tierra con Sus poderosos ángeles “en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo”. Él destruirá a todos Sus enemigos antes de que establezca Su reino sobre toda la tierra.

3. *El reino milenario de Cristo* (Is. 32:1; 35:1-7, 65:17-25; Ap. 20:4). Esto se incluye también en el Día del Señor. Será un tiempo de juicio instantáneo. El Rey regirá con vara de hierro, y todo aquel que se levante en rebelión en contra de Él será inmediatamente destruido.

4. *La destrucción final de los cielos y de la tierra por fuego* (2 P. 3:7, 10). Al final del reino milenario de Cristo, los cielos y la tierra pasarán con gran estruendo y los elementos se fundirán en un calor fiero. Esta es la fase final del Día del Señor.

El Día de Cristo

Mientras que el Día del Señor es una época de juicio sobre un mundo que ha rechazado al Hijo de Dios, el Día de Cristo es un tiempo de bendición para aquellos que han confiado en Él y que por ello son miembros de Su Iglesia. Existen dos características principales del Día de Cristo.

1. *El Arrebatamiento de los santos* (1 Co. 5:5; Fil. 1:6, 10). Los muertos en Cristo serán resucitados. Los creyentes vivos serán cambiados. Juntos serán ellos arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire y a volver con Él a la casa del Padre en el cielo.

2. *El Tribunal de Cristo* (1 Co. 1:8; 2Co. 1:14; Rl. 2:16). Los creyentes aparecerán ante el Bema —el sitio de juicio— para revisión y recompensas. No se tratará de la cuestión de su salvación, sino de su servicio. Se darán galardones a todo aquello que reciba la aprobación de

Cristo. Aquellos que hayan malgastado sus vidas recibirán pérdida, pero ellos mismos serán salvos, aunque «así como por fuego» (1 Co. 3:15).

El Día de Dios

No se debe confundir el Día de Dios con el Día del Señor ni con el Día de Cristo. Es el día del triunfo final de Dios. Tendrá lugar después que se haya suprimido toda maldad, y después que los cielos y la tierra hayan ¡sido destruidos con fuego! (2 P. 3:12). A efectos prácticos, el Día de Dios es equivalente al estado eterno.

Capítulo 12

Israel y la Iglesia

Probablemente deberíamos ampliar este título para que dijera *Las naciones gentiles, Israel, y la Iglesia*. La razón por la que decimos esto es que el Nuevo Testamento divide a toda la humanidad en estas tres categorías. Por ejemplo, Pablo dice en 1 Corintios 10:32: “No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios”.

De nuevo se mencionan estas tres secciones de la humanidad en Hechos 15:14-17:

La Iglesia

Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de entre ellos *pueblo para su nombre* (v. 14).

Israel

Después de esto volveré y reedificaré el *tabernáculo de David*; que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar (v. 16).

Las naciones gentiles

Para que el resto de los hombres busque al Señor, y *todos los gentiles*, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor (vv. 17,18).

También distinguía el apóstol Pablo entre:

- Los *judíos*: la circuncisión hecha con mano (Ef. 2:11).
- Los *gentiles*: la “*incircuncisión*” (Ef. 2:11).
- La *Iglesia*: la circuncisión no hecha con manos (Col. 2:11).

Hablando en general, los estudiosos de la Biblia no confunden a los gentiles con Israel ni con la Iglesia; esto nunca ha constituido ningún problema. Así que, este capítulo se dedicará exclusivamente a la distinción entre Israel y la Iglesia. Esto es de gran importancia. A no ser que reconozcamos que estos dos grupos están separados y son distintos, seremos seriamente afectados en nuestra interpretación de la Biblia, especialmente en las áreas de verdad eclesiástica y de profecía.

A fin de poder mostrar la importancia de este tema, deberíamos mencionar que hay personas que enseñan que la Iglesia es meramente una extensión o una proyección de Israel. Dicen: “Dios ha tenido una Iglesia con una continuidad a lo largo de los siglos. Israel era la Iglesia en el Antiguo Testamento, pero cuando el pueblo rechazó al Mesías, Dios les rechazó a ellos para siempre. No existe ningún futuro nacional para Israel. La Iglesia del Nuevo Testamento ha llegado a ser ahora el Israel de Dios, y todas las promesas hechas nacionalmente a Israel tienen su cumplimiento espiritual en la Iglesia”.

Creemos que las Escrituras enseñan otra línea de pensamiento: que Israel y la Iglesia son diferentes en origen, carácter, responsabilidad y destino.

Cuando Israel rechazó al Señor Jesús como su Mesías, Dios echó a Israel temporalmente a un lado. Entonces introdujo algo completamente nuevo: la Iglesia. Cuando Su programa para la Iglesia sobre la tierra haya llegado a su término, Él volverá a asumir Sus tratos con Israel en forma nacional. Así que, la Iglesia ha sido introducida como un paréntesis durante la interrupción de las relaciones de Dios con Israel, Su pueblo antiguo.

La distinción entre la Iglesia e Israel puede verse en el siguiente conjunto de contrastes:

La Iglesia

Israel

1. Pablo habla de la Iglesia como un misterio “que en otras generaciones no fue dado a conocer a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles, y profetas por el Espíritu” (Ef. 3:5). Dice que este misterio estaba escondido desde los siglos en Dios (Ef. 3:9) y mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que se manifiesta ahora en las escrituras proféticas (Ro. 16:25, 26). (Ver también Col. 1:25, 26).

2. La iglesia empezó en Pentecostés cuando fue dado el Espíritu Santo (Hch. 2).

Ello se deduce de los siguientes hechos:

a. La Iglesia era aún algo futuro cuando Cristo andaba sobre la tierra, porque Él dijo:

"Edificaré mi iglesia" (Mt. 16:18).

b. Cuando Pablo escribió su primera carta a los Corintios, la Iglesia ya había comenzado su existencia. Él habla ahí de que los creyentes habían sido bautizados por el Espíritu en el cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13).

c. Sabemos que el bautismo prometido del Espíritu Santo tuvo lugar en Pentecostés. Por lo tanto, aquel día marcó el nacimiento de la Iglesia.

3. Cristo es la Cabeza de la Iglesia.

4. La membresía en la Iglesia es mediante el nacimiento espiritual.

5. La Iglesia es el pueblo celestial de Dios. Las bendiciones de la Iglesia son bendiciones espirituales en lugares celestiales. La ciudadanía de los cristianos es celestial. La esperanza de la Iglesia es estar con Cristo en el cielo.

6. En la Iglesia, los creyentes judíos y gentiles son hechos uno en Cristo. Llegan a ser coherederos, y miembros juntamente del cuerpo, y coparticipantes de la promesa en Cristo por el evangelio. En Cristo, la pared intermedia de separación entre el judío y el gentil es derribada, y ambos son hechos uno (Ef. 2:13-17; 3:6).

1. De Israel nunca se habla como de un misterio. Ninguna de las descripciones que se hallan en la columna opuesta son ciertas de Israel.

2. La nación de Israel empezó con la llamada de Abraham (Gn. 12).

3. Abraham es la cabeza de Israel.

4. La membresía en la nación era por el nacimiento natural.

5. Israel era el pueblo terrenal escogido por Dios. Las bendiciones de Israel eran principalmente, aunque no exclusivamente, bendiciones materiales en lugares terrenales. La ciudadanía de los israelitas era terrenal. La esperanza principal puesta ante Israel era el reino terrenal del Mesías. (Esto no niega que los israelitas creyentes iban al cielo cuando morían, ni niega que tuvieran la esperanza del cielo. Pero éste no es el énfasis que se ponía en ellos.)

6. Nada de lo que aparece en la columna anterior es cierto de Israel. Por lo que a Israel respecta, los gentiles están “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12).

7. En la Iglesia, todos los creyentes son sacerdotes; santos sacerdotes y reales sacerdotes. Como tales tienen acceso a la presencia de Dios por la fe en cualquier momento (1 P. 2:1-9; He. 10:19-22).

8. La Iglesia será tomada al hogar en el arrebatamiento, y entonces volverá con Cristo y reinará con Él sobre la tierra durante el Milenio.

7. En Israel, los sacerdotes eran elegidos de la tribu de Leví y de la familia de Aarón. Solamente una vez al año (He. 7:5,11; 9:7).

8. El Israel redimido serán los súbditos de Cristo cuando Él reine.

Se podrían señalar muchos más contrastes entre la Iglesia e Israel. En su *Teología Sistemática*, Lewis S. Chafer enumera veinticuatro distinciones indiscutibles. Pero las que hemos dado deberían ser suficientes para mostrar que la Iglesia ocupa un lugar único en los planes y propósitos de Dios, y que no debe ser confundida con Israel.

Uno de los pasajes de las Escrituras en los que se acostumbra a confundir entre Israel y la Iglesia es el discurso sobre el monte de los Olivos, que se halla en Mateo 23:37—25:46. Este pasaje se refiere a Israel, no a la Iglesia. Describe condiciones anteriores e incluye el retorno de Cristo como Rey. Nótese qué dice en 24:16: “Entonces los que estén *en Judea*, huyan a los montes”; la localidad es evidentemente judía. Y en el versículo 20 leemos: “Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni *en sábado*” (RV1909). El sábado nunca fue dado a la Iglesia, solamente a Israel. Los elegidos mencionados en el versículo 22 son los judíos elegidos por Dios. La venida de Cristo descrita en el versículo 30 no es Su venida en el aire a por Su Iglesia, sino Su venida a la tierra como Rey de Israel.

Así, el estudiante de la Biblia debería discernir si un pasaje se refiere a Israel o a la Iglesia. Si está leyendo acerca del Día del Señor, puede estar seguro que el pasaje se refiere principalmente a Israel. Si, por otra parte, llega a referencias del Día de Cristo, puede estar seguro de que a lo que se está refiriendo es a la Iglesia. Así, la séptima trompeta de Apocalipsis 11 tiene que ver con Israel, debido a que es parte del Día del Señor. Pero la “última trompeta” de 1 Corintios 15:52 se relaciona con la Iglesia, debido a que su tema es el Arrebatamiento, y el Arrebatamiento está relacionado con el Día de Cristo.

Para concluir, tenemos que considerar dos de los argumentos más comúnmente utilizados para demostrar que la Iglesia no es distinta de Israel:

1. En Hechos 7:38 Israel es llamado “la iglesia en el desierto” (VM). Pero tenemos que darnos cuenta de que la palabra “iglesia” significa simplemente una asamblea o congregación de personas. Se utiliza esta misma palabra para designar una asamblea pagana en Éfeso (Hch. 19:32). La Iglesia del Nuevo Testamento está identificada por su relación con Dios el Padre y con el Señor Jesucristo.

2. En Gálatas 6:16 Pablo dice: “Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios”. Se utiliza la expresión “el Israel de Dios” para afirmar que todos los creyentes constituyen “el Israel de Dios”. Pero creemos que esto es una mala interpretación. Cuando Pablo dice “paz y misericordia sea a ellos” se está refiriendo a los creyentes. Pero con las palabras “el Israel de Dios” Pablo señala en particular a aquellos creyentes de origen judío que andan conforme a la regla de la nueva creación (v. 15) y no según la regla de la ley.

Capítulo 13

La Iglesia y el reino

Para muchos lectores, probablemente, constituirá una sorpresa conocer que la Iglesia no es lo mismo que el reino de Dios ni que el reino de los cielos. En la cristiandad en general se toman la Iglesia y el reino como sinónimos. Pero el no hacer distinción entre ellos lleva a serios problemas tanto en la doctrina como en la práctica.

En el último capítulo consideramos la Iglesia en una cierta extensión, y por ello no es necesario volver a ir de nuevo sobre el mismo material. Es suficiente recordar que la Iglesia es una sociedad singular, desemejante a cualquier otra en los tratos de Dios con la humanidad. Cristo es la Cabeza y todos los creyentes son miembros. Las distinciones de raza, posición social, y sexo, quedan abolidas en Cristo; todos vienen a ser uno en Él. La Iglesia empezó en Pentecostés y será completada en el Arrebatamiento o Rapto. Se habla de ella como un solo cuerpo y esposa de Cristo, y está destinada a reinar con Él en Su reino y a compartir eternamente Su gloria.

Pero, ¿qué pasa con el reino de los cielos? El reino de los cielos constituye la esfera en la que se reconoce el gobierno de Dios. La palabra cielos se utiliza figuradamente para denotar a Dios; esto se ve claramente en Daniel 4:25, 26. En el versículo 25, Daniel dice que el Altísimo gobierna el reino de los hombres. En el siguiente versículo dice que el cielo gobierna. Así, el reino de los cielos anuncia el dominio de Dios, que existe allí donde los hombres se someten a este gobierno. Hay dos aspectos del reino de los cielos. El aspecto más amplio incluye a todo aquel que simplemente profesa reconocer a Dios como el Supremo Gobernante. Pero en su aspecto interno incluye solamente a las personas que han sido convertidas de una manera genuina. Podemos representar este concepto mediante dos círculos concéntricos, uno pequeño dentro de otro mayor.



El círculo grande constituye la esfera de la profesión; incluye lo verdadero y lo falso, el trigo y la cizaña. El círculo interior incluye solamente a aquellos que han nacido de nuevo mediante la fe en el Señor Jesucristo.

Mediante una comparación con todas las referencias bíblicas al reino podemos seguir su desarrollo histórico en cinco fases distintivas:

Primeramente, el reino fue *profetizado* en el Antiguo Testamento. Daniel predijo que Dios establecería un reino que nunca sería destruido y que nunca cedería Su soberanía a ningún otro pueblo (Dn. 2:44). También previó la venida de Cristo y Su reino universal y eterno (Dn. 7:13,14; ver también Jer. 23:5,6).

En segundo lugar, el reino es descrito como *estando cerca y presente* en la Persona del Rey. Primero, Juan el Bautista, después, Jesús, y luego los discípulos anunciaron que el reino estaba cerca (Mt. 3:2; 4:17; 10:7). El Rey había venido a presentarse a sí mismo ante la nación de Israel. Jesús dijo: "...si yo echo fuera los demonios en virtud del Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Mt. 12:28). En otra ocasión dijo: "...el reino de Dios está en medio de vosotros" (Lc. 17:21). Estaba presente porque el Rey había llegado a escena. (Mientras que las dos últimas referencias tratan del reino de Dios, y no con el reino de los cielos, mostraremos después que ambos términos se utilizan de forma intercambiable en el Nuevo Testamento.)

En tercer lugar, el reino es descrito como estando en una forma *provisional*. Después de ser rechazado por la nación de Israel, el Rey volvió al cielo. El reino existe hoy en los corazones de

aquellos que reconocen Su condición de rey mientras que Él está ausente. Esta fase provisional del reino queda descrita en las parábolas de Mateo 13.

La cuarta fase del reino es su *manifestación*. Ésta es el reino literal, milenarista, de Cristo sobre la tierra. Tuvo su prefiguración en el Monte de la Transfiguración, cuando el Señor fue visto en la gloria de Su reino venidero (Mt. 16:28). Jesús se refirió a este reino cuando dijo: “Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt. 8:11).

La quinta y final forma será el reino eterno. Éste es descrito en 2 Pedro 1:11 como “el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

La expresión “reino de los cielos” se halla solamente en el evangelio de Mateo. El término “reino de Dios” se halla en los cuatro evangelios. Para todos los propósitos prácticos no existe diferencia, pues las mismas cosas se dicen de ambos. Por ejemplo, en Mateo 19:23 Jesús decía que sería difícil que un hombre rico entrara en el reino de los cielos. En Marcos 10:23 y Lucas 18:24 se cita a Jesús diciendo lo mismo acerca del reino de Dios. También Mateo cita a Jesús diciendo más o menos lo mismo acerca del reino de Dios (cp. Mt. 19:23,24).

Otros pasajes en los que se utiliza el reino de los cielos y el reino de Dios de forma intercambiable son:

Mateo 4:17, comparar con Marcos 1:15.

Mateo 8:11, comparar con Lucas 13:29.

Mateo 10:7, comparar con Lucas 9:2.

Mateo 11:11, comparar con Lucas 7:28.

Mateo 13:11, comparar con Marcos 4:11.

Mateo 13:31, comparar con Marcos 4:30, 31; Lucas

13:18.

Mateo 13:33, comparar con Lucas 13:20,21.

Mateo 19:14, comparar con Marcos 10:14; Lucas 18:16.

Mencionamos que el reino de los cielos tiene un aspecto externo y una realidad interna. Lo mismo sucede con el reino de Dios. Esto puede quedar demostrado de la siguiente manera:

Reino de los Cielos

En su aspecto exterior incluye a todos los que son genuinamente súbditos del Rey y también a aquellos que simplemente profesan lealtad. Esto se ve en la parábola del sembrador (Mt. 13:3-11), la parábola del grano de mostaza (Mt. 13:31,32), y la parábola de la levadura (Mt. 13:33).

Con respecto a su realidad verdadera, interna, solamente se puede entrar en el reino de los cielos mediante la conversión (Mt. 18:3).

Reino de Dios

También incluye lo verdadero y lo falso. Ello se ve en la parábola del sembrador (Lc. 8:4-10), la parábola del grano de mostaza (Lc. 13:18,19), y la parábola de la levadura (Lc. 13:20,21).

Con respecto a su realidad verdadera, interna, solamente se puede entrar en el reino de Dios mediante el nuevo nacimiento (Jn. 3:3,5).

Pablo se refería a la realidad interna cuando decía que el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Ro. 14:17). También enfatiza que “el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1 Co. 4:20).

La distinción entre el reino y la iglesia puede verse en lo siguiente: El reino empezó cuando Cristo inició Su ministerio público; la Iglesia empezó el día de Pentecostés (Hch. 2). El reino continuará sobre la tierra hasta que ésta sea destruida; la Iglesia continuará sobre la tierra solamente hasta el Arrebatamiento; entonces volverá con Cristo en Su Segunda Venida a reinar con Él como

Su Esposa. En el presente las personas que se hallan en el reino en su realidad verdadera, interna, se hallan también en la Iglesia; éste es el único aspecto en el que ambos se solapan.

Capítulo 14

Los misterios de las Escrituras

El Nuevo Testamento nos presenta una serie de misterios. El peligro no es tanto el poderlos confundir como el de dejar de comprenderlos. Por lo tanto, dedicaremos este estudio a un breve resumen del significado de varios misterios.

Definición

Un “misterio” es una verdad que nunca se había revelado antes, a la que el hombre no podía llegar por su propio intelecto, y que ha sido ahora revelada por Dios a los hombres.

Los misterios del reino de los cielos (Mateo 13:3-50)

En Mateo 13:11 leemos acerca de los misterios del reino de los cielos. Se presentan en este capítulo en forma de siete parábolas.

En los primeros capítulos de Mateo hallamos al Señor Jesús presentándose a Sí mismo a Israel como el Mesías-Rey. Pero en el capítulo 12 los líderes religiosos le rechazan acusándolo de hacer milagros mediante el poder del diablo. Habiendo, pues, sido rechazado el Rey, el reino va a tomar una forma diferente. Esto es lo que se halla en Mateo 13. Estas siete parábolas dan una descripción del reino en su forma provisional: durante el tiempo entre el rechazamiento del Rey y de Su retomo a reinar sobre la tierra. El Rey se halla ausente, pero Su reino se halla allí donde los hombres profesen ser súbditos de Él. Hay ambos: profesión y realidad. Al finalizar el período de provisionalidad los verdaderos serán separados de los falsos, y gozarán de las bendiciones de Su reinado milenar. Los falsos serán destruidos.

El misterio del endurecimiento de Israel (Romanos 11:25)

Debido al rechazo del Rey por parte de Israel, Dios ha causado que una ceguera judicial caiga sobre la nación judía. Esto explica en parte la gran dificultad que tiene el pueblo judío en aceptar a Jesús como su Mesías, y el número relativamente pequeño de los que se salvan. Pero este endurecimiento no es ni total ni definitivo. Algunos ven que Jesús es Aquél de quien hablaron los profetas. Y la ceguera continuará solamente hasta que llegue “la plenitud de los gentiles”, esto es, hasta que el Señor tome a Su Esposa para estar con Él en el hogar celestial. Entonces un remanente creyente de Israel se volverá a Cristo.

El misterio del Arrebatamiento (1 Corintios 15:51,52)

Hasta aquel tiempo en la historia humana siempre se había creído que todos morirían, tarde o temprano. Pero ahora, el apóstol Pablo hace el asombroso anuncio de que no todos los creyentes morirán. Aquellos que estén viviendo en el tiempo del Arrebatamiento irán al cielo sin morir. Serán cambiados, esto es, recibirán unos cuerpos glorificados, y nunca verán ya la muerte. Aquellos que han muerto en Cristo serán resucitados y tomados al cielo con los santos vivientes. En 1 Tesalonicenses 4:13-18 se hallan más detalles acerca de esto.

El misterio de la iglesia

La iglesia fue una verdad mantenida en secreto desde que el mundo empezó (Ro. 16:25) pero revelada por los apóstoles y profetas del período del Nuevo Testamento (Ef. 3:5). Este misterio abraza puntos tan importantes como:

1. Que Cristo es la Cabeza (Col. 1:18).
2. La membresía de todos los creyentes (1 Co. 12:13).
3. El hecho de que los creyentes gentiles comparten igualmente con los judíos creyentes que Cristo es su esperanza en gloria, y el hecho de que la antigua enemistad entre judío y gentil ha sido abolida en Cristo (Ef. 3:6; Col. 1:26, 27; Ef. 2:14,15).
4. La Iglesia como el Cuerpo de Cristo (1 Co. 12:12,13).
5. La Iglesia como la Esposa de Cristo (Ef. 5:25-27, 31,32).
6. La Iglesia como manifestación de la multiforme sabiduría de Dios a principados y potestades en los lugares celestiales (Ef. 3:10).
7. El propósito de Dios de hacer de Cristo la Cabeza de un universo redimido (Ef. 1:9,10), con la Iglesia reinando como Su esposa y compartiendo para siempre Su gloria.

“Este misterio entre los gentiles” en Colosenses 1:27 es definido como “Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria”. Este es el mismo misterio que el de la Iglesia; enfatiza que Cristo es la esperanza de gloria para los creyentes gentiles así como para los judíos creyentes: todos ahora tienen la misma posición delante de Dios en Cristo.

En Colosenses 2:2 (VM y NVI) se identifica el misterio de Dios como Cristo. Entendemos que esto se refiere al cuerpo místico de Cristo, del cual Cristo mismo es la Cabeza, y los creyentes componen el cuerpo.

Otros pasajes que se refieren al misterio de la Iglesia son Efesios 6:19 y Colosenses 4:3. Existe un sentido en el que este misterio de la Iglesia es la culminación de la revelación de las Escrituras. El apóstol Pablo cumplió la palabra de Dios cuando difundió esta verdad (Col. 1:25). Cronológicamente no es la última sección que se escribió de la Biblia pero, por lo que respecta a la revelación de nuevas verdades vitales, se trataba del clímax.

El misterio de la iniquidad

(2Tesalonicenses 2:7, 8)

La única referencia al “misterio de la iniquidad” se halla en 2 Tesalonicenses 2:7, 8. Allí Pablo dice que “ya está en acción el misterio de iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez desaparezca de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo”. Incluso en los más tempranos días de la Iglesia ya estaba en operación un espíritu de iniquidad. Había muchos anticristos. Pero el desarrollo total de la iniquidad estaba reprimido por una Persona que no se nombra (que creemos que es el Espíritu Santo). Cuando esta Persona que restringe el mal sea quitada (el Espíritu Santo será quitado como Habitador permanente cuando tenga lugar el Arrebatamiento), entonces el Hombre de Pecado, el Anticristo, irrumpirá en el escenario de la Historia. Será la misma encarnación de pecado y de iniquidad. El mundo no habrá visto jamás una concentración tal de iniquidad en un ser humano.

El misterio de la fe

(1 Timoteo 3:9)

El “misterio de la fe” se refiere al cuerpo de la doctrina cristiana, o lo que llamamos la Fe Cristiana. Es llamada un misterio debido a que tantas de sus verdades eran desconocidas en los tiempos del Antiguo Testamento.

El misterio de la piedad

(1 Timoteo 3:16)

Traducido literalmente, 1 Timoteo 3:16 dice:

Ciertamente grande, confesamos, es el misterio de la piedad. Aquel que fue manifestado en carne ha sido justificado en el Espíritu, ha sido predicado entre las naciones, ha sido creído en el mundo, ha sido recibido arriba en gloria.

El versículo no dice de forma definitiva quién es el sujeto, pero la descripción puede solamente ser apropiada para una sola persona: nuestro Señor Jesucristo. Hasta el tiempo en que Cristo vino al mundo, nunca los hombres habían visto una piedad perfecta en una vida humana. Pero el Señor Jesús vino y dio una demostración práctica de cómo es una persona absolutamente piadosa.

Cuando Pablo dice que el misterio de la piedad es grande, no quiere decir que sea profundamente misterioso, sino más bien que la persona de Cristo es maravillosa en gran manera.

El misterio de la piedad está en contraste con el misterio de la iniquidad. El primero presenta a un Hombre que encarna perfectamente la piedad. El segundo presenta la encarnación viva del pecado. Constituye un vivo contraste entre Cristo y el Anticristo.

El misterio de las siete estrellas

(Apocalipsis 1:20)

Este misterio se halla claramente definido. Las siete estrellas en la visión de Juan son los ángeles o mensajeros de las siete iglesias de Asia. Los siete candeleros son las siete iglesias. En los dos siguientes capítulos, el Señor dirige cartas a los ángeles de las siete iglesias. Estas cartas se pueden entender de tres formas distintas.

- Fueron siete cartas literales escritas a siete iglesias literales que existían en la época de Juan.

- Dan una premonición cronológica de las condiciones de la iglesia desde los días de los apóstoles hasta el final de la era de la iglesia.

- Describen condiciones que se pueden hallar en la iglesia esparcida por todo el mundo durante cualquier momento particular de su historia.

El misterio de Dios

(Apocalipsis 10:7)

Cuando la séptima trompeta de Apocalipsis 10 resuene, el misterio de Dios se cumplirá. El toque de la séptima trompeta va acompañado de fuertes voces en el cielo diciendo: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Ap. 11:15). Por esto conocemos que la séptima trompeta resuena al finalizar la Gran Tribulación, cuando Cristo retorna a la tierra para reinar (Ap. 11:17). En este tiempo los fieles santos del Señor durante la Tribulación serán premiados y sus enemigos serán destruidos (v. 18).

El misterio de Dios se cumplirá entonces. La maldad, que se ha mostrado tan persistente y aparentemente triunfante, será vencida. La aparente indiferencia de Dios ante la maldad del hombre y Su aparente inactividad habrán llegado a su fin. El misterio de Dios ha acabado para siempre; la gloria de Dios brilla como el sol; la fe queda completamente justificada, las murmuraciones de la duda quedan para siempre silenciadas (F. W. Grant).

El misterio de Babilonia

(Apocalipsis 17:5-7)

Babilonia la Grande es representada en Apocalipsis 17 como una ramera sentada sobre una bestia con siete cabezas y diez cuernos. Recibe el nombre de Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras y de las Abominaciones de la Tierra. En los versículos 8-18 se da la explicación al misterio. La mujer es una gran ciudad que reina sobre todos los reyes de la tierra (v. 18). La bestia es a su vez un imperio que existió en el pasado, terminó su existencia, será reavivado, y destruido (v. 8). Los diez cuernos son diez reyes que se unirán con este imperio (v. 12). La ramera cabalga sobre la bestia por un tiempo, pero después es destruida por ésta (v. 16). El imperio mismo será a su vez destruido por el Señor (v. 14).

Nuestra interpretación del misterio es como sigue. La mujer representa un gran sistema económico y religioso que tendrá sus cuarteles generales en Roma; será una iglesia mundial con inmensos recursos financieros. La bestia representa al Imperio Romano revivido y los diez reyes. Se hallan más detalles acerca de Babilonia y de su destrucción en Apocalipsis 18.

Conclusión

Existen otras cuatro referencias a los misterios en el Nuevo Testamento.

En 1 Corintios 2:7 Pablo dice que él y otros apóstoles hablaban la sabiduría de Dios en misterio. Entonces explica que se trata de verdades que estaban ocultas a las generaciones anteriores pero que han sido ahora reveladas por el Espíritu Santo.

Él y los otros apóstoles eran “administradores de los misterios de Dios” (1 Co. 4:1). De nuevo se utiliza aquí esta palabra en un sentido general para cubrir todas las nuevas verdades de la dispensación cristiana.

Pero Pablo nos recuerda en 1 Corintios 13:2 que no es suficiente conocer todos los misterios y toda la ciencia. Si no tenemos amor, no somos nada.

Y, por fin, en 1 Corintios 14:2 Pablo nos explica que si alguien habla en un idioma extraño sin intérprete presente, no beneficia a nadie, aunque él pudiera estar hablando el más profundo de los misterios.

Capítulo 15

La salvación y el servicio

En el estudio de la Palabra de Dios nos podemos evitar mucho error y confusión si distinguimos entre los pasajes que tratan de la salvación y aquellos que tratan de la vida y del servicio cristiano.

Generalmente hablando, los pasajes acerca de la salvación no son difíciles de discernir. Proveen un testimonio coherente a los siguientes hechos:

- Por lo que a Dios respecta, la salvación es por gracia (Ro. 3:24).
- Por lo que toca a la parte de Cristo, ello fue hecho posible mediante Su obra vicaria en la Cruz del Calvario (2 Co. 5:21).
- Por lo que al hombre respecta, la salvación es mediante la fe, totalmente aparte de las obras de la ley (Gá. 2:16).
- Por lo que respecta a la seguridad, el creyente puede saber que es salvo basándose en la autoridad de la Palabra de Dios (1 Jn. 5:13).
- Por lo que respecta a la garantía, el hijo de Dios nunca perecerá ni vendrá a ser juzgado por sus pecados (Jn. 10:27-29).

La dificultad surge cuando dejamos de reconocer pasajes que tienen que ver con la vida y el servicio cristianos y no con la salvación. Como ejemplo, tomemos Juan 15:1-11:

Yo soy la vid verdadera, y mi padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

El tema de este pasaje es la producción de fruto, esto es, la manifestación del fruto del Espíritu en la vida del cristiano (Gá. 5:22, 23). No se escribió para pecadores que necesitasen de un Salvador, sino para santos que precisan ir pareciéndose a Cristo. Si uno no ve esto, se podría llegar a la conclusión de que, después de todo, podría ser que hubiera cristianos que fueran arrojados al fuego del infierno (Jn. 15:6). Lo que en realidad enseña es que el mundo toma el nombre y el testimonio de un cristiano enfriado y lo arroja en el fuego. Los no salvos solamente tienen desprecio por un pámpano que no se mantiene en la Vid.

Otro pasaje que a menudo es mal comprendido es 1 Corintios 3:10-15:

Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.

El tema del versículo 11 es la salvación; enseña que el Señor Jesucristo es el único fundamento válido. Pero el resto del pasaje trata de la manera de sobreedificar sobre el fundamento,

en otras palabras, trata del servicio que sigue a la salvación. No hay aquí sugerencia de ningún tipo de que ningún creyente vaya a ser probado por el fuego. Son sus obras las que serán probadas. La persona misma no será quemada, aunque sus obras puedan serlo. El énfasis no recae aquí en la fe que lleva a la salvación, sino sobre las obras que llevan al galardón o a la pérdida del galardón.

O, como otro ejemplo, tomemos las palabras de Pablo en I Corintios 9:24-27:

¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero sólo uno lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Y todo aquel que lucha, se disciplina en todo. Ellos lo hacen para recibir una corona corruptible; nosotros, en cambio, para una incorruptible. Por eso yo corro así, no como a la ventura; peleo así, no como quien golpea el aire. Más bien, pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago en obedecer; no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado (RVA).

En el último versículo Pablo habla de la posibilidad de ser descalificado al final. Pero el contexto no trata de la salvación, sino del dominio propio en la vida cristiana. No había posibilidad de ningún tipo de que Pablo fuera rechazado con respecto a la salvación, debido a que había sido aceptado en Cristo. Pero el fracaso en la disciplina propia hubiera podido resultar en ser rechazado en cuanto a lo que respecta al servicio y al galardón.

La distinción entre la salvación y el servicio constituye la clave para la resolución de una de las aparentes contradicciones del Nuevo Testamento. En Mateo 12:30 dice nuestro Señor;

El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.

Pero en Marcos 9:40 dice así:

Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.

A primera vista estos dos versículos parecen estar en directa contradicción entre ellos. Pero la dificultad desaparece cuando vemos que el primero trata de la salvación y el segundo del servicio. En el primer caso, el Señor estaba hablando con los fariseos, que lo estaban rechazando como el Hijo de Dios y acusándole de efectuar milagros por el poder del diablo. Cuando se trata de la Persona de Cristo, todo aquel que no está con Él está en contra de Él.

El segundo caso trataba de un hombre que estaba sirviendo en el nombre de Cristo, pero que no estaba siguiendo a los discípulos. Cuando se lo prohibieron, Jesús dijo: “No se lo prohibáis. . . porque el que no es contra nosotros, por nosotros es”. Cuando se trata del servicio para Cristo, todo el que no es contra nosotros, por nosotros es.

Estas ilustraciones deberían mostrar cuan útil es distinguir entre pasajes que tratan de la salvación y aquellos que tratan de la vida y servicio cristianos. Por ello, deberíamos preguntarnos en el estudio bíblico si el pasaje que estamos considerando trata de:

- La obra de Dios *por* nosotros: salvación.
- La obra de Dios *en* nosotros: santificación.
- La obra de Dios *por medio de* nosotros: servicio.

Capítulo 16

Cosas fundamentales y cosas no esenciales

Es de tremenda importancia distinguir entre pasajes que tratan de asuntos de vital importancia y aquellos que tratan de cosas no esenciales. Cuando tratamos con doctrinas o principios bíblicos básicos se deben aplicar un cierto conjunto de principios. Por otra parte, cuando tratamos con temas moralmente indiferentes, se debe aplicar un conjunto de principios totalmente diferente. Si confundimos ambos, los resultados solamente pueden ser calamitosos.

Ilustremos lo que acabamos de decir. Si el pasaje que estemos estudiando trata de la deidad de Cristo, o de Su humanidad inmaculada, o de Su sacrificio vicario, o de Su resurrección corporal, no existe lugar a la diferencia de opinión. Estas son verdades innegociables de la fe cristiana, y el compromiso acerca de ellas es imposible.

O, pensemos acerca de algunas de las inmutables leyes morales de Dios. Siempre es malo cometer adulterio. Siempre es pecaminoso mentir y hurtar. La idolatría en todas sus formas está prohibida en las Escrituras. Tanto en ésta como en muchas áreas similares, no puede haber excusas, ni paliación, ni mejoramiento, ni suavidad. Tenemos que mantenernos de una manera inequívoca con Dios en contra de estas maldades.

Pero hay otros asuntos en la vida cristiana que los tenemos como asuntos moralmente indiferentes debido a que, en sí mismos, no son ni buenos ni malos. Los principales ejemplos en el Nuevo Testamento son:

- Comer alimentos que hayan sido ofrecidos a ídolos.
- La observancia de los días.
- Comer carne (en contraste a comer solamente vegetales).
- Beber vino.
- Comer alimentos que eran inmundos bajo la ley de Moisés.
- Métodos de servicio cristiano.

Cuando llegamos a pasajes que tratan de estos temas, hallamos lugar para diferencias de opinión. Hay lugar para una cierta discrepancia de criterio.

Con respecto a los alimentos que habían sido ofrecido a los ídolos, los principales pasajes son 1 Corintios 8:1-13 y 1 Corintios 10:14-30. El argumento de la enseñanza que hay en ellos es que no hay inconveniente en comer de ellos en tanto que el cristiano no participe en la fiesta en la que el alimento es ofrecido a los ídolos, en tanto que tenga la conciencia limpia en cuanto a ello, y siempre que no haga tropezar a otras personas. Pero cuando Pablo dice que “todo me es lícito”, tenemos que ver que él no está hablando acerca de todas las cosas, sin excepción alguna. Se está refiriendo solamente al tema de que trata: asuntos de indiferencia moral. Si no se ve esto, ¡se podría adoptar la grosera interpretación de que Pablo aprobaría la inmoralidad!

El capítulo 14 de Romanos trata del asunto de la observancia de los días, de comer carne (en contraste a solamente los vegetales), y a beber vino. Entre otras pautas que Pablo señala se halla ésta: “Que uno esté plenamente convencido en su propia mente”. Ahora, si se toma esto fuera de contexto y se aplica a doctrinas tales como la inspiración de la Biblia o a la salvación por gracia a través de la fe, se entra en serios problemas. Es imperativo ver que los principios establecidos en Romanos 14 tratan solamente acerca de asuntos que por sí mismos no son ni blancos ni negros. Otra afirmación que se halla en Romanos 14:14 tiene que ser comprendida de esta misma manera: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo...” Pablo bien sabía, como nosotros, que hay cosas que sí son inmundas, pero aquí está hablando tan solamente de alimentos como el tocino, las gambas, o el conejo, que eran inmundas bajo el régimen del Antiguo Testamento.

En Tito 1, Pablo dedica una considerable atención a aquellos falsos maestros que estaban intentando poner a los creyentes cristianos bajo la ley de Moisés. En el versículo 15 el apóstol dice:

Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas.

Ahora, debería quedar claro que, cuando Pablo dice, “todas las cosas son puras para los puros”, no está ahí afirmando una verdad universal, sino que se está refiriendo a temas tales como los de las carnes que habían sido condenadas como inmundas por Moisés. En esta edad de gracia, para el cristiano, todos los alimentos que Dios ha provisto para el consumo humano son puros. Las etiquetas “kosher” (limpio) y “no-kosher” (inmundo) ya no rigen.

En el asunto del servicio cristiano hay lugar para la acomodación de ciertas diferencias culturales y costumbres de las personas. Así, en 1 Corintios 9:19-23, Pablo nos habla de cómo se identificaba él con sus oyentes (naturalmente, sin sacrificar ninguna verdad básica y sin comprometer su lealtad a Cristo).

Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho como débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto lo hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.

Pero cuando Pablo dice, “a todos me he hecho todo, para que de todos modos salve a algunos”, no hay ninguna sugerencia de que jamás comprometiera las verdades del evangelio ni de que participara en ninguna actividad pecaminosa. Allí donde lucra posible hacer una concesión sin sacrificar la verdad (como en la circuncisión de Timoteo, Hch. 16:3), él hizo esta concesión a fin de dar mayor alcance a su mensaje. Pero allí donde se trataba de la verdad de la salvación por la gracia aparte de las obras de la Ley (como en la controversia acerca de circuncidar a Tito, Gá. 2:1-5), Pablo nunca cedió ni un milímetro.

El estudiante de la Biblia debería aprender a detectar estos pasajes que tratan de materias que no son vitales y debería darse cuenta de que los principios que ahí se hallan no pueden ser aplicados a verdades básicas ni a leyes inmutables. Esto le libraría de llegar a aplicaciones grotescas y absurdas de la Palabra.

Capítulo 17

Cumplimientos dobles

Cuando llegamos al estudio de las escrituras proféticas, una de las claves más útiles es la de darse cuenta de que hay profecías que tienen más de un cumplimiento. No es cosa desacostumbrada hallar una predicción que presenta un cumplimiento preliminar, parcial y más tarde un cumplimiento total, definitivo. Esto se conoce con el nombre de “ley de doble referencia”.

El ejemplo clásico es la profecía de Joel con respecto al derramamiento del Espíritu.

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo (Jl. 2:28-32a).

Cuando Pedro citó este pasaje en el día de Pentecostés (Hch. 2:14-21), dijo: “Esto es lo dicho por el profeta Joel”. Pero él no podía querer decir que se trataba de un cumplimiento completo, puesto que muchas de las cosas que Joel mencionaba no tuvieron lugar en Pentecostés.

El Espíritu no fue derramado sobre toda carne, sino solamente sobre tres mil judíos. No hubo maravillas en el cielo; el Sol no se volvió en tinieblas, ni la Luna en sangre. Tampoco tuvieron lugar todas las señales sobre la tierra; tales como la sangre y el fuego y las columnas de humo.

Esto significa que Pentecostés constituyó un cumplimiento preliminar e incompleto de la profecía de Joel. Su cumplimiento total tendrá lugar en la Segunda Venida de Cristo. Su venida será precedida por los signos predichos y seguida por el derramamiento de Su Espíritu sobre toda carne en la tierra milenaria.

Tenemos otra ilustración de la “ley de doble referencia” en el famoso pasaje “virginal” de Isaías 7:14:

Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

Es evidente que la profecía tenía un significado inmediato para el Rey Acáz, esto es, que un niño nacería y sería llamado “Dios con nosotros”, implicando que la victoria se hallaba cercana. Antes de que el niño fuera lo suficiente mayor como para que pudiera discernir el bien del mal la alianza entre Israel y Siria sería rota, y al cabo de unos pocos años más el niño estaría viviendo de la grosura de la tierra (v. 15).

Pero el desarrollo completo del versículo vino con el nacimiento de Cristo:

Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta, cuando dijo: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mt. 1:22,23).

Un tercer ejemplo de cumplimiento doble se halla en el Salmo 118:26a:

Bendito el que viene en el nombre de Jehová.

Aquel primer Domingo de Ramos, cuando Jesús entró en Jerusalén, la multitud cantaba:

¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! (Mt. 21:9).

Pero sabemos que esto no cumplió la profecía de un modo cabal, pues en Su posterior lamento sobre Jerusalén el Señor Jesús dijo:

Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor (Mt. 23:39).

El cumplimiento definitivo tendrá lugar cuando el Salvador retorne en poder y gloria a la tierra a una gente que le recibirá como Mesías y Rey.

Aun otra ilustración de una profecía que tiene dos cumplimientos concierne a la destrucción de Jerusalén. Jesús predijo la desolación de la ciudad en Lucas 21:20-10. Es evidente que Sus palabras se cumplieron en 70 d.C., cuando Tito y sus legiones romanas saquearon la ciudad y arrasaron el Templo. Pero los males de Jerusalén todavía no han pasado. Es evidente en Apocalipsis 11:2 que los gentiles hallarán la santa ciudad durante cuarenta y dos meses durante el período de la Tribulación.

El Salmo 2:1,2 se cita en Hechos 4:25,26:

¿A qué fin se amotinan las gentes,
Y los pueblos piensan cosas vanas?
Se reunieron los reyes de la tierra,
Y los príncipes se juntaron en uno
Contra el Señor, y contra su Cristo.

En Hechos 4:27 se aplican las palabras a la crucifixión de Cristo:

Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel.

Éste fue un cumplimiento preliminar y parcial de las palabras del salmista. Van a tener un cumplimiento definitivo al finalizar el período de la Tribulación cuando los gobernantes del mundo se unan en un inútil intento de impedir que Cristo tome las riendas del gobierno universal.

Un ejemplo final de la ley de doble referencia se puede hallar en profecías que tratan de la restauración de Israel (Is. 43:5-7; Jer. 16:14-15, Ez. 36:8-11; 37:21). Estas profecías tuvieron un cumplimiento solamente parcial cuando un remanente de los judíos retornó de la cautividad babilónica a Israel, tal como se describe en Esdras y en Nehemías. Pero el evento principal es todavía futuro. Todas las restauraciones del pasado han sido insignificantes. Durante el tiempo de la angustia de Jacob, Dios llevará a Su pueblo escogido terrenal a Israel procedente de todas partes del mundo (Mt. 24:31; Dt. 30:3, 4; Ez. 36:24-32; 37:11-14). Entonces, y solamente entonces, se cumplirán total y definitivamente las profecías.

Capítulo 18

La Expiación: Antes y Ahora

Expiación es una de estas fascinantes palabras bíblicas que tiene variedad de usos. Su significado en cualquier texto de las Escrituras debe determinarse por el contexto. Viendo cómo es usada la palabra, aprendemos los diferentes sentidos que tiene.

Pero antes, es menester recordar el camino de la salvación en el Antiguo Testamento. La gente fue salva al poner su fe en el Señor. Cuando Dios reveló algo y le creyeron, entonces fueron contados justos. Así cuando Dios prometió a Abraham que tendría descendientes tan numerosos como las estrellas, el patriarca “*creyó a Dios, y le fue contado por justicia*” (Gn. 15:6). Abraham fue justificado en base a la todavía futura obra de Cristo en la cruz. Es dudoso que Abraham supiera mucho acerca de aquella obra, pero Dios sabía, y puso todo el valor de aquella obra a la cuenta de Abraham. El Señor le otorgó el perdón judicial de todos sus pecados en base a la preciosa sangre del Salvador derramada en el Calvario. En cada época la salvación es por la fe en el Señor y en base a la obra sustitutiva del Señor Jesucristo. Se establece una relación eterna.

Sin embargo, cuando un israelita creyente cometía pecado después de su conversión, esto rompió su comunión con Dios y le hizo inmundo. También había ciertos actos (como tocar un cuerpo muerto) que en sí no eran pecaminosos, pero que le hacía inmundo ceremonialmente. Estas cosas le impedía adorar en el tabernáculo o templo. Esto es cuando hacía falta la expiación, y ahora consideraremos este tema.

El Significado en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, expiación es la traducción de una palabra hebrea que significa “cubrir”. Así que, cuando Dios mandó a Noé a cubrir el arca (“*calafatearás*”) por dentro y por fuera (Gn. 6:14), es la misma raíz que la palabra traducida “expiar”. La expiación era una forma de cubrir el pecado hasta que fuera tratado completa, perfecta y finalmente por la obra de Cristo en el Calvario.

En algunos casos, “cubrir” puede comunicar la idea de enmendar, limpiar, eximir de castigo, y consagrar.

La palabra se empleaba generalmente de personas, sacerdotes y la nación de Israel. Pero casi nunca significaba expiación de pecados, esto es, hacer satisfacción por ellos. El escritor de Hebreos aclara que los sacrificios del Antiguo Testamento nunca quitaron ni un sólo pecado. Si el sentido primario de expiación es quitar el pecado, entonces los sacrificios eran fracasos. “*Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados*” (He. 10:4). Cada año en el día de expiación hacían memoria de los pecados (He. 10:3). Por esta razón el sistema de sacrificios nunca dio al pueblo de Dios una conciencia limpia respecto al pecado. “*De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado*” (He. 10:2).

A veces hacían expiación por cosas inanimadas – el altar, el lugar santo, el lugar santísimo, el tabernáculo de reunión y el templo. Obviamente esto no tenía nada que ver con quitar o expiar pecados, porque las cosas inanimadas no pueden pecar. Un altar que había sido expiado estaba apto para usar en el servicio divino porque era limpio ritualmente. No es adecuada cualquier definición de expiación que no explica por qué ciertas “cosas” debieron ser expiadas.

Empleada respecto a las personas, la expiación significa limpieza ceremonial. Cuando un judío creyente que había pecado traía el sacrificio requerido, en efecto confesaba su pecado. Tan pronto como confesaba, fue perdonado. Su perdón no vino mediante el sacrificio animal sino mediante el sacrificio de Cristo. El sacrificio animal era figura o tipo del sacrificio de Cristo. La pena eterna de su pecado ya había sido cancelada cuando creyó en el Señor, pero la confesión renovaba su comunión con Dios. El sacrificio que trajo le hizo apto externa y ceremonialmente para participar nuevamente en la adoración y los servicios de Jehová. Ya estaba en una relación de pacto con Dios, pero ahora estaba limpio ritualmente. Los sacrificios levíticos santificaron para la purificación de la carne (He. 9:13), esto es, proveyeron una purificación externa, ritual. Sólo la obra de Cristo puede limpiar la conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo (He. 9:14).

Una Excepción A La Norma

Hay al menos un lugar en el Antiguo Testamento donde la palabra expiar puede significar claramente quitar el pecado:

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos”
(Dn. 9:24).

En este versículo “expiar la iniquidad” es correctamente traducido en la Reina Valera, la Biblia de las Américas y la Nueva Versión Internacional. En algunas traducciones en otros idiomas, pone lo equivalente a “hacer reconciliación por el pecado”, que es la idea, pero “expiar” lo expresa más claramente.

El pasaje anticipa la segunda venida del Señor Jesús cuando la iniquidad de Su pueblo Israel por fin será solucionada. Realmente el sacrificio necesario para esto fue ofrecido en el Calvario, pero Israel como entidad no entra en el bien de esto hasta que miren a Aquel que traspasaron, lloren y se aflijan por Él como uno se aflige por su unigénito (véanse Zac. 12:10; Jn. 19:37). Lo que la expiación cubrió en el Antiguo Testamento, Cristo quitó completamente y para siempre en la Cruz.

El Sentido Adquirido

“Expiación” no es una palabra neotestamentaria, y “expiar” sólo aparece en Hebreos 2:17 donde quizás sería mejor traducida “hacer propiciación”, “ser propicio” o “hacer reconciliación”. La idea de expiación como en el Antiguo Testamento nunca se halla en el Nuevo Testamento. Nunca menciona nada hecho para cubrir ni a personas ni a cosas inanimadas.

En nuestros días la palabra expiación tiene un sentido adquirido. Hablamos de la expiación de Cristo, queriendo decir que mediante Su muerte, sepultura y resurrección hay satisfacción respecto al pecado. En sermones y canciones nos regocijamos que mediante Su sangre expiatoria nuestros pecados han sido quitados una vez por todas. Pero recordemos que este sentido es completamente poético, y que no tiene conexión alguna con el sentido usual de la palabra en el Antiguo Testamento.

Nos ahorrará mucha confusión y malentendidos si distinguimos entre el significado de expiación en el Antiguo Testamento y el significado que ha adquirido hoy en día por el uso que se da. No es incorrecto hablar de la obra expiatoria de Cristo, siempre que reconozcamos que Su obra fue perfecta, final e interna, mientras que la expiación en el Antiguo Testamento fue, salvo la excepción notada, imperfecta, repetida y externa.

La Expiación en el Reino

Ezequiel emplea la palabra en relación con los servicios en el futuro templo milenarío (Ez. 43:20, 26; 45:15, 17, 20). Anticipando el reino, Ezequiel habla de expiar el altar, el pueblo, es decir, la casa de Israel, y el templo. Esto representa un problema para algunos, porque parece que contradice Hebreos 10:12, “*pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios*”, y Hebreos 10:18, “*Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado*”.

El problema surge porque damos al término “expiar” su definición del diccionario moderno en lugar de su significado básico. No sugiere que los sacrificios en el templo milenarío sean eficaces en quitar la culpa y la pena del pecado, como tampoco eran en la época del Antiguo Testamento. Simplemente formarán parte del rito del templo. Al cumplir las ceremonias, Israel redimido verá la debilidad de los ritos contrastada con la perfección de la obra de Cristo. Reconocerá que los sacrificios eran sombras, mientras que la realidad es Cristo. Como los sacrificios del Antiguo Testamento ilustraban anticipadamente la obra de Cristo, así los del milenio recordarán el sacrificio hecho en el Calvario, como hace la Cena del Señor en nuestro caso. Simplemente serán memoriales.

Capítulo 19

Aspectos De La Vida Eterna

Calidad de Vida

Vida eterna no es lo mismo que existencia eterna. Todo ser humano, sea salvo o perdido, vivirá para siempre, pero sólo los creyentes tendrán vida eterna. No es sólo la duración de la vida, sino también su calidad. Es la misma vida de Dios, nada menos que unión con Dios, y está incorporada en el Señor Jesucristo.

“Porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1 Jn. 1:2).

En su condición inocente antes de la caída, Adán no tenía vida eterna. Mientras no pecara, se supone que hubiera seguido disfrutando la existencia natural en la tierra, pero no conocía la esperanza de ser glorificado con Cristo en el cielo. Y siempre había la terrible posibilidad de que pecara y ser por eso condenado a morir – lo cual es exactamente lo que sucedió. Luego al poner su fe en Dios como su Salvador, recibió vida eterna, con todas las bendiciones eternas que incluye.

A veces la vida eterna es nombrada como parte de una posesión presente, y otras veces es tratada como una esperanza futura y una herencia.

Posesión Presente

Es un don (regalo) poseído por los creyentes en el tiempo presente. Fue prometido por el Señor (1 Jn. 2:25), y esta vida se halla en Él (Jn. 6:68; 1 Jn. 5:11). Es recibida creyendo en Él.

“De cierto, de cierto os digo: el que cree en mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47; véanse también Jn. 3:15-16, 36; 5:24; 6:40; 1 Ti. 1:16).

Otras expresiones que significan lo mismo que creer en Él son: beber el agua que Él da (Jn. 4:14); comer Su carne y beber Su sangre (Jn. 6:54); seguirle (Jn. 10:27) y conocerle (Jn. 17:3). Juan declara que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él (1 Jn. 3:15), pero podía haberlo dicho igualmente acerca de todos los demás pecadores incrédulos.

La vida eterna es un regalo del Padre (Ro. 6:23; 1 Jn. 5:11).

La vida eterna también es dada por el Hijo.

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:27-28, véase también Jn. 17:2).

Todo lo que el Padre le mandó al Hijo decir tenía como objetivo el darnos vida eterna (Jn. 12:50).

Todos los que están ordenados (lit. “dispuestos”) para vida eterna creen (Hch. 13:48). Esta es sólo una cara de la verdad, porque la otra es que los que rehúsan creer no se juzgan dignos de la vida eterna (Hch. 13:46). Esta vida es producida por el reino de la gracia (Ro. 5:21), y todo creyente puede saber que la tiene en base a la autoridad de la Palabra de Dios.

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Jn. 5:13).

Dios desea que los que tienen vida eterna lo manifiesten por sus obras en la vida cotidiana.

“Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos” (1 Ti. 6:12).

“...Atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (1 Ti. 6:19).

Esperanza Futura

Además de ser una posesión presente, también la Biblia describe la vida eterna en tiempo futuro:

“...En la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tit. 1:2).

“Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Jud. 21).

Esto se refiere a la vida eterna en su plenitud, cuando el creyente esté eternamente libre de pecado, enfermedad, tristeza y muerte. Se refiere al estado final, al estado glorificado.

A veces la vida eterna es nombrada como una herencia:

“Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt. 19:29. Véanse también Mr. 10:29-30; Lc. 18:30).

“Para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tit. 3:7).

No Por Obras

Hay otros versículos que suenan como si la vida eterna fuera un premio por el comportamiento durante la vida terrenal. Los versículos de esta categoría son Mateo 25:45-46; Lucas 18:29-30, Juan 4:36; 12:25; Romanos 2:7 y Gálatas 6:8. Sin embargo, estos pocos textos no pueden contradecir los muchos pasajes que claramente enseñan la gran verdad de la salvación por gracia, que es un don, que es recibida sólo por la fe y que es completamente aparte de las obras.

Así que, ¿qué significan estos versículos problemáticos? Nos recuerdan que habrá grados de recompensa en el cielo. En el Tribunal de Cristo, algunos recibirán coronas, y otros sufrirán pérdida. Aunque todos los creyentes tendrán vida eterna, no todos tendrán la misma capacidad para disfrutarla (1 Co. 15:41b). Esta capacidad es determinada aquí en esta vida por la fidelidad en el servicio (Gá. 6:7-9), y por el progreso en la santidad (Ro. 6:22).

Las buenas obras mencionadas en estos versículos son el fruto de la vida eterna en la persona, no el medio de obtener la vida eterna. Por ejemplo, cuando en Mateo 25:46 dice: *“E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”*, enseña que los que se hacen amigos de los hermanos judíos de Cristo durante el periodo de la Tribulación mostrarán por esto que son verdaderamente salvos, y por lo tanto, gozarán de vida eterna. Sus buenas obras son la evidencia de su salvación.

Juan 4:36 y 12:25 claramente hacen referencia a la recompensa por el servicio fiel, y no al camino de la salvación.

“Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega” (Jn. 4:36).

“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn. 12:25).

Romanos 2:7 es un versículo especialmente difícil para muchas personas.

“Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad”.

A primera vista parece decir que la vida eterna es condicional y depende de ser bueno o hacer buenas obras. El testimonio consistente de las Escrituras prohíbe esta interpretación. Hay dos maneras en las que puede ser entendido bíblicamente. Primero, puede referirse a un ideal teórico, una norma por la cual Dios juzgará a los perdidos. Si un incrédulo pudiera demostrar que por su fuerza había continuado sin excepción haciendo el bien, entonces sería recompensado con la vida eterna. Pero, por supuesto, esto es imposible. *“No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Ro. 3:12). O, la segunda posibilidad es que se refiere a un creyente, porque sólo un creyente por el poder del Espíritu Santo puede ser descrito así. En este caso, por supuesto, las buenas obras son el resultado de la salvación, no el medio de ella.

Resumen

La vida eterna es una vida espiritual recibida con el nuevo nacimiento. Es la vida de Dios mismo, y es tan eterna como Él. Es una posesión presente y también una esperanza futura. El que verdaderamente cree en Cristo puede saber que la tiene en base a la autoridad de la Palabra de Dios. La certidumbre de la salvación viene por medio de las Escrituras.

El creyente anticipa la vida eterna en su plenitud, conocido en otros términos como la redención del cuerpo.

Cuando se habla de la vida eterna en conexión con las recompensas, no puede significar que ella sea la recompensa de la santidad, el servicio o las buenas obras. Las recompensas son dadas como una demostración fiel de que la vida de Cristo en el creyente marca una diferencia.

Nota: la palabra “eterna” en el Nuevo Testamento es la traducción de la palabra griega “*aionios*”.

Capítulo 20

Las Dos Naturalezas

Al hablar de distinciones bíblicas, no hay nada más práctico que la diferencia entre las dos naturalezas del creyente. Cuando el creyente desconoce esta verdad, puede ser afligido por culpa, duda y desánimo. Así que, es importante reconocer que cada cristiano tiene dos naturalezas, una vieja y otra nueva, y debemos entender las características de cada una.

La Antigua Naturaleza

Todos, salvos y perdidos, tienen una antigua naturaleza. Es la única naturaleza que el incrédulo tiene. Es heredado de Adán y permanece durante toda la vida. Podemos llamarlo la naturaleza de Adán, la antigua naturaleza o la carne. David la reconoció con estas palabras: *“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”* (Sal. 51:5). Pablo se refirió a ella cuando escribió estas palabras: *“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien”* (Ro. 7:18a). No debemos esperar nada bueno de ella, ni desanimarnos cuando no hallemos nada bueno en ella. Es serio reconocer que cada uno de nosotros tiene una naturaleza capaz de cualquier tipo de pecado.

La naturaleza de Adán es uno de los tres enemigos del creyente, siendo los otros dos el mundo y el diablo. La antigua naturaleza es el enemigo adentro, el traidor, miembro de la “quinta columna” que simpatiza y colabora con los enemigos. Le encanta alimentarse de lo que no edifica y de lo inmundo. Por ella el hombre está naturalmente torcido en contra de Dios. Cobija enemistad contra Dios, no se sujeta a Su ley ni le puede agradar. Debido a esta naturaleza, las personas están más dispuestas a aceptar el error que la verdad.

Esta naturaleza de Adán es incurablemente malo. Aun cuando un hombre o una mujer ha vivido una vida santa durante muchos años, la antigua naturaleza no es en nada mejor que antes. El Señor no tiene proyecto de reformarla ni mejorarla. La condenó en la cruz del Calvario. *“Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Ro. 8:3). *“Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él”* (Ro. 6:6). Ahora Dios instruye al creyente a considerarlo muerto, esto es, responder como respondería un muerto.

Cuando al ser humano se le prohíbe hacer algo, en seguida la antigua naturaleza desea hacerlo. Pablo describe esta experiencia extraña en Romanos 7:7b-9.

“...Porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”.

Pablo también comparaba la antigua naturaleza a un cadáver atado a su espalda. Se trata de un cuerpo muerto, descomponiéndose y maloliente. Le seguía en todo momento y por esto él clamó angustiado: *“¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”* (Ro. 7:24).

La antigua naturaleza es lo que somos en Adán, esto es, como descendientes suyos. El Señor Jesucristo murió tanto por esto como por los pecados que hemos cometido. Esto nos consuela, porque lo que somos es mucho peor que cualquier cosa que hayamos hecho.

Todo lo que venimos diciendo no niega la verdad de que a veces los incrédulos pueden ser benignos, compasivos, amables y generosos. Este comportamiento puede ser explicado de varias

maneras. Puede ser instinto natural, por ejemplo, el amor de una madre a su niño. Puede ser debido a la influencia del cristianismo, que es sal y luz en el mundo. También puede ser motivado por el deseo de ganar o merecer la salvación. Sea lo que sea, una cosa es cierta. La primera verdadera obra buena que una persona inconversa puede hacer es confiar en el Señor Jesucristo (Jn. 6:39).

La Nueva Naturaleza

Cuando uno nace de nuevo, recibe una nueva naturaleza, una naturaleza divina (2 P. 1:4), que es la vida de Cristo. Esta naturaleza no puede pecar porque es nacido de Dios (1 Jn. 3:9).

Es buena y sólo capaz de lo bueno. Responde con entusiasmo a la Palabra de Dios. Se deleita en la ley del Señor. Sus mandamientos no son gravosos; son exactamente lo que la nueva naturaleza ama y desea hacer. Son como mandar a una madre que cuide de su bebé; es exactamente lo que desea hacer.

Las dos naturalezas puede ser comparadas al cuervo y la paloma que Noé envió del arca. El cuervo nunca volvió; estaba satisfecho alimentándose con toda la carne podrida que flotaba sobre el agua. La paloma, que representa la nueva naturaleza, volvió al arca hasta que pudiera encontrar un lugar limpio donde descansar y alimentarse.

Cuán verdaderas son las palabras del Señor Jesús: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Jn. 3:6).

La Lucha Comienza

Un recién convertido tuvo una manera vívida de describir su condición dual. Dijo: “El pecado fue quitado de mi corazón, pero mi abuelo todavía está en mis huesos”.

Cuando alguien se convierte, inmediatamente las dos naturalezas comienzan a luchar la una contra la otra. No es sorprendente. ¿Cómo podrían dos naturalezas tan claramente opuestas convivir en paz? La batalla es ilustrada por los dos bebés que lucharon en el vientre de Rebeca (Gn. 25:22-23). Ella preguntó: *“Si es así, ¿para qué vivo yo?”* Pablo describe el conflicto con colores vivos en Romanos 7:14-25.

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”.

Una descripción de un conflicto que tiene relación pero no es idéntico es la lucha entre la carne y el Espíritu Santo (Gá. 5:17).

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis”.

No es maravilla que el creyente a veces se siente como con doble personalidad, como en la novela: “El Extraño Caso de Dr. Jekyll y el Mr. Hyde”. No es sorprendente que como Rebeca, esté preocupado por este conflicto interno. Pensó (correctamente) que la batalla se terminó cuando confió en el Señor, pero ahora encuentra que ha comenzado otra guerra feroz, y está desmayado. Puede que hasta dude de su salvación.

Tal persona debe saber que todo creyente, aun el más santo, tiene esta batalla (1 Co. 10:13), y que ella continuará hasta la muerte o el rapto. En vez de ser evidencia de que no es salvo, es más probablemente una confirmación de que realmente lo es.

¿Cuál Naturaleza Gana?

El Espíritu Santo es quien da liberación del poder del pecado que mora en nosotros (Gá. 5:17). Ni el creyente más piadoso tiene en sí este poder. No obstante, son necesarias la obediencia y la cooperación del creyente.

El creyente es quien determina cuál de las dos naturalezas gana. Gana la que él alimenta. No puede alimentar la carne con la televisión, las películas, literatura y diversiones mundanas y luego esperar que domine la nueva naturaleza. No puede alimentar el lobo y luego esperar que gane el cordero.

Es por esto que se le dice en Romanos 13:14, *“no proveyáis para los deseos de la carne”*, y en 1 Pedro 2:11, *“que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”*.

En el lado positivo, tiene obligación de pasar mucho tiempo en la Palabra, en oración y en servicio para el Señor. Son requeridos todos los hechos que producirán una vida de santidad.

¡Por Favor, Sin Excusas!

No debemos excusar nuestro pecado echando la culpa a nuestra antigua naturaleza, o nuestra “debilidad”, lo cual viene a ser lo mismo. Es una forma de esquivar la responsabilidad y no funcionará. Dios tiene por responsable al individuo, no su naturaleza.

Excusar el pecado sólo lo hace más fácil de cometer. Sólo baja nuestra resistencia.

Conclusión

Tanto la Biblia como nuestra experiencia nos dicen que tenemos dos naturalezas. Pueden llamarse por diferentes nombres, pero de todos modos allí están. Si el creyente no ve esto, puede sentirse una contradicción. O podría cuestionar la validez de su conversión. O podría vivir una vida sin victoria.

La solución para su situación es responder a los deseos de la antigua naturaleza como respondería un muerto, y someterse al control del Espíritu Santo. Cuando hace esto, no satisfará los deseos de la carne (Gá. 5:16).

Capítulo 21

Grandeza Personal y Posicional

Hay algunos pasajes de las Escrituras donde es necesario discernir si el escritor habla de carácter de una persona o del papel suyo en la vida. Por ejemplo, una persona puede ser mayor que otra persona porque es inherentemente mejor. Por otra parte, la grandeza superior puede relacionarse simplemente con el lugar o posición que ocupa.

Juan el bautista

Jesucristo dijo: “*De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista...*” (Mt. 11:11). Esto *no* significa que Juan tuviera mejor carácter que Noé, Daniel o Job. No significa que fuera mejor, más piadoso, manso o amable. Lo que *sí* significa es que su posición como precursor del Mesías era un papel mayor que el de cualquier de sus predecesores. Ningún otro tuvo el privilegio de preparar el camino del Señor, anunciar Su llegada y bautizarle. En este sentido, Juan era único.

El más pequeño en el reino

Justo después de hablar de la posición superior de Juan, el Señor Jesús añadió: “*pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él*” (Mt. 11:11b). De nuevo, esto no significa que el más pequeño en el reino tenga mejor personalidad o vida que Juan el bautista. La idea es ésta: aunque Juan anunció el reino, hoy en día los creyentes somos ciudadanos del reino. Juan se describió como “*el amigo del novio*” (Jn. 3:29), pero ahora el pueblo de Dios es la novia. La novia tiene una posición más alta que el amigo del novio, y es mayor en este sentido.

María

El ángel Gabriel dijo a la virgen María: “*¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres*” (Lc. 1:28). No cabe duda que María era una mujer piadosa, casta e irrepreensible. Pero su verdadera grandeza está en que fue escogida para ser la madre de nuestro Señor en Su humanidad. Aun ella se reconoció pecadora cuando llamó a Dios “*mi Salvador*” (Lc. 1:47). Su carácter no fue necesariamente más grande que el de Rut o Ana. Pero su posición fue sin paralelo.

Un día un admirador dijo a Jesucristo: “*Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste*” (Lc. 11:27). El Señor respondió: “*Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan*” (v. 28). Esto significa que es mayor ser un seguidor obediente de Cristo que aun ser Su madre. Y también significa que María sería más bendita creyendo en Cristo que pariéndole.

El Padre es mayor que yo

Juan 14:28 es un pasaje donde es de importancia crucial distinguir entre carácter y posición, donde Jesucristo dijo: “*Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo*”. Las sectas y otros que niegan la deidad de Cristo tuercen estas últimas palabras: “*el Padre mayor es que yo*”. Las sacan completamente de su contexto, intentando echar en tierra la igualdad del Hijo con el Padre, y así niegan la Trinidad.

Entonces, ¿qué significa este texto? Cuando nuestro Señor habló estas palabras Él estaba en el mundo, soportando toda clase de hostilidad, reproche y abuso de Sus criaturas. Él fue rechazado, despreciado y humillado. El Padre, en cambio, estaba en el cielo, completamente libre de este tipo de trato. En este sentido el Padre era mayor que el Hijo – mayor en posición, pero no en Persona. Si los discípulos realmente amaran al Señor, hubiesen regocijado en Su anuncio que volvía al cielo, porque allí Él no estaría sujeto a los insultos humanos y los malos tratos. En el cielo Su posición sería la misma que la del Padre – inmune a la persecución de Sus criaturas.

El argumento no tiene nada que ver con el carácter personal. En cuanto al carácter, el Hijo de Dios es totalmente igual al Padre. Pero mientras el Hijo estaba en la tierra, soportando la hostilidad de Sus criaturas, el Padre era mayor que Él en cuanto a Su lugar o posición.

Jesucristo mayor que...

En Mateo 12 el Señor Jesús se declara mayor que el templo (v. 6), mayor que Jonás (v. 41) y mayor que Salomón (v. 42)¹. Aquí es más que una cuestión de posición. Él es mayor que el templo en que Él lo diseñó y estableció sus rituales. Él es mayor que Jonás en Su Persona, mensaje y los resultados. Y Él es mayor que Salomón en Su gloria y sabiduría; Él es quien puso la sabiduría en la mente del rey.

Mira el contexto

Generalmente, el contexto explica si el tema es carácter personal o dignidad posicional. En cualquier referencia al Señor Jesús, ¡no cabe duda acerca de Su superioridad personal! Él siempre es “mayor que el más grande y muchísimo mejor que los mejores”.

¹ Como en la Reina Valera revisión de 1960, se traduce literalmente: “*algo más que Salomón*”, lo cual probablemente se refiere al reino. Pero ya que la presencia del reino estaba en la Persona del Rey, es válido también traducirlo “alguien más que Salomón”.

Capítulo 22

Los Pactos Principales De Las Escrituras

En varios momentos de la historia humana Dios hizo acuerdos o pactos con la humanidad. Algunos de ellos, como la Ley, fueron *condicionales*. Dios guardaría Su parte del pacto si ellos guardaban la suya. Los pactos condicionales eran débiles “por la carne” (Ro. 8:3), y el hombre invariablemente fracasaba e incumplía las condiciones.

Afortunadamente, la mayoría de los pactos divinos eran *incondicionales*. En ellos, todo dependía del Señor, y esto garantiza su cumplimiento.

La mayoría de los pactos fueron hechos con Abraham y sus descendientes. Ninguno fue hecho directamente con la Iglesia, aunque la Iglesia está implicada en algunos, como hemos de ver.

Edén (Gn. 1:28-30; 2:16-17)

El pacto edénico hizo al hombre, en su inocencia, responsable de multiplicarse, poblar la tierra y sojuzgarla. Se le dio autoridad sobre toda vida animal. Debía cultivar el huerto y comer de todo lo que producía, excepto el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal. La desobediencia a este último mandamiento traería la muerte. Por lo tanto, fue un pacto condicional.

Adán (Gn. 3:14-19)

Después de la caída del hombre, Dios maldijo a la serpiente y puso enemistad entre la serpiente y la mujer, y entre Satanás y Cristo. Satanás heriría a Cristo, pero Cristo destruiría a Satanás. La mujer experimentaría dolores en los partos y estaría bajo la autoridad de su marido. La tierra fue maldita; al cultivarla el hombre tendría que contender con espinos y abrojos. Esto incluiría sudor y cansancio, y su cuerpo al final volvería al polvo de donde vino.

Noé (Gn. 8:20-9:27)

Dios prometió a Noé que no maldeciría la tierra otra vez ni la destruiría con otro diluvio, y dio como señal el arco iris. Este pacto decreta la pena de muerte por el crimen de homicidio, y esto, por supuesto, implica que tiene que haber un gobierno para juzgar el caso y ejecutar la pena. Así que, realmente el pacto con Noé establecía el gobierno humano. Dios garantizó la regularidad de los tiempos y las estaciones, dirigió al hombre a volver a poblar la tierra, y reafirmó su dominio sobre los animales. Ahora el hombre podía añadir carne a su dieta, previamente vegetariana. Respecto a los descendientes de Noé, Dios maldijo a Canaán el hijo de Cam¹, haciéndole siervo de Sem y Jafet. Dio a Sem el lugar de honor, el cual sabemos ahora que incluye estar en el linaje del Mesías. Jafet gozaría de gran expansión, y moraría en las tiendas de Sem. El pacto con Noé fue incondicional y nunca ha sido revocado. Fue “*por siglos perpetuos*” (Gn. 9:12).

Abraham (Gn. 12:1-3; 13:14-17; 15:1-5; 17:1-8)

Este pacto incluye las siguientes promesas incondicionales a Abram, llamado más tarde Abraham, y a sus descendientes: Una gran nación (Israel); bendición personal a Abraham; renombre; fuente de bendición a otros (12:2). El favor divino estaría sobre sus amigos y una maldición sobre sus enemigos; y traería bendición a todas las naciones (cumplido en Cristo) (12:3). Le prometió posesión eterna de la tierra conocida entonces como Canaán y luego como Israel y “Palestina” (15:18). También le prometió abundante prosperidad tanto natural como espiritual (13:16; 15:5). Le dijo que sería padre de muchas naciones y reyes (por medio de Ismael e Isaac; 17:4, 6), y le prometió una relación especial con Dios (17:7b).

La Ley, también llamada el Pacto Mosaico (Ex. 19:5, 20-31)

En su sentido más amplio, la Ley de Moisés incluye los Diez Mandamientos que describen los deberes ante Dios y ante el prójimo (Éx. 20), numerosas reglamentos acerca de la vida social de Israel (Éx. 21:1-24:11); y ordenanzas detalladas sobre la vida religiosa (Éx. 24:12-31:18). Fue dada a la nación de Israel, no a los gentiles, y fue confirmada con sangre (Éx. 24:8; He. 9:19-20). Fue un pacto condicional que requería la obediencia del hombre, y por lo tanto fue “*débil por la carne*” (Ro. 8:3). El Decálogo nunca tuvo el propósito de proveer salvación, sino de producir convicción de pecado y fracaso (Ro. 3:20). Nueve de los diez mandamientos son repetidos en el Nuevo Testamento (todos excepto el día de reposo), no como ley acompañada de castigo, sino como comportamiento que corresponde a los que son salvos por la gracia. El creyente está bajo la gracia, no la ley, pero está bajo la ley de Cristo (1 Co. 9:21), que es un estándar más alto. La ley no anuló el pacto con Abraham (Gá. 3:17-18).

Palestina (Dt. 28:1; 29:1- 30:20)

Este pacto se halla en forma embrionaria en Génesis 15:18, donde Dios prometió a Abraham la *tierra “desde el río de Egipto [el arroyo de Egipto, no el Nilo] hasta el río grande, el río Éufrates”*. Prevé la dispersión de Israel entre las naciones por su desobediencia e infidelidad, su retorno al Señor en Su Segunda Venida, su arrepentimiento y conversión, el castigo de sus enemigos y su morada segura en la tierra bajo el reino del Mesías.

Israel nunca ha ocupado completamente la tierra. Durante el reino de Salomón, los países en la parte oriental pagaron *tributo* (1 R. 4:21), pero esto no debe ser contado como posesión ni ocupación. El cumplimiento del pacto Palestino es todavía futuro.

David (2 S. 7:1-17)

Dios le prometió a David no sólo que su reino duraría para siempre, sino que también habría uno de sus descendientes sentado sobre el trono (2 S. 7:12-16). Fue un pacto incondicional, que no dependía en manera alguna de la obediencia de David ni de su justicia. Cristo es el heredero legal al trono de David por medio de Salomón, como vemos en la genealogía de José en Mateo 1. José adoptó a Jesús como su hijo. Cristo es un descendiente lineal de David por medio de Natán, como vemos en la genealogía de María en Lucas 3.

Porque Él vive para siempre, no puede haber otro pretendiente al trono. Su reino es eterno. Su reino de 1.000 años sólo será la primera parte, y a continuación será el reino eterno.

Salomón (2 S. 7:12-15; 1 R. 9; 2 Cr. 7)

El pacto con Salomón fue incondicional en cuanto al reino eterno, pero condicional en cuanto a si sus descendientes se sentarían sobre el trono (1 R. 9:4-5; 2 Cr. 7:17-18). A uno de los descendientes de Salomón, Conías (también llamado Jeconías y Joaquin), le fue negado el tener descendiente sobre el trono de David (Jer. 22:30). Jesucristo no es descendiente de Salomón, como hemos indicado. De otro modo habría caído bajo la maldición de Conías.

El Pacto Nuevo (Jer. 31:31-34; He. 9:7-12; Lc. 22:20)

El pacto nuevo está claramente prometido a la casa de Israel y la casa de Judá (Jer. 31:31), y desplaza el viejo pacto (mosaico). Tiene un mejor sacerdocio, mejor Sumo Sacerdote, mejor sacrificio, mejor altar, y se fundamenta sobre mejores promesas (He. 7-9; 13:10). Todavía era futuro cuando Jeremías escribió su libro (Jer. 31:31a). No es un pacto condicional, como la ley de Moisés, que Israel rompió (Jer. 31:32). En este pacto Dios incondicionalmente promete (nota la repetición de la idea de lo que Él hará): la futura regeneración de Israel (Ez. 36:25-26), la venida del Espíritu Santo en ellos (Ez. 36:27); un corazón favorablemente dispuesto a hacer la voluntad de Dios (Jer. 31:33a); conocimiento universal de la ley en Israel (Jer. 31:34a); el perdón y el olvido de los pecados (Jer. 31:34b) y la continuación de la nación para siempre (Jer. 31:35-37).

Como nación, Israel todavía no ha recibido los beneficios del nuevo pacto, pero los recibirá en la segunda venida del Señor. Mientras tanto, los verdaderos creyentes disfrutamos algunas de las bendiciones de este pacto. Disfrutamos el perdón y el olvido de nuestros pecados (He. 10:16-17), y somos capacitados para cumplir la justicia que la ley demanda (Ro. 8:4). El hecho de que la Iglesia tiene relación con el pacto nuevo se ve en la Cena del Señor, donde la copa representa el pacto y la sangre por la cual fue ratificado (Lc. 22:20; 1 Co. 11:25).² También Pablo hizo referencia a sí mismo y a otros apóstoles como “*ministros competentes de un nuevo pacto*” (2 Co. 3:6), lo cual quiere decir el evangelio de la gracia de Dios.

¹ Una maldición generalmente revertía al padre de la persona maldita, mostrando así su responsabilidad por la educación de su hijo. Arthur Custance escribe: “Noé no podía pronunciar ninguna clase de juicio contra su propio hijo Cam, el que ofendió, sin emitir juicio contra sí mismo, porque como su padre, la sociedad le tenía como responsable por el comportamiento de su hijo (**Noah’s Three Sons**, [“Los Tres Hijos de Noé”] pág. 195). A. W. Pink apunta: “El pecado de Cam fue que totalmente fracasó en lo de honrar a su padre...y marquemos las consecuencias terribles: él segó exactamente como había sembrado – Cam pecó cómo hijo, y fue castigado en su hijo (Gleanings in Génesis, pág. 124).

² J.N. Darby comentó que la Iglesia conoce personalmente al *Mediador* del nuevo pacto, lo cual es mejor que ser el recipiente principal del pacto.

Capítulo 23

El Hades y el Infierno

Hay una diferencia entre el Hades y el infierno. Las palabras en el idioma original del Nuevo Testamento son distintas y tienen sentidos distintos. No son términos intercambiables¹. El Hades es temporal, mientras que el infierno es eterno. “*Hades*” es la misma palabra que *seol* en el Antiguo Testamento, pero “*infierno*” es lo mismo que *Gehena* y *el lago de fuego*. El Hades ha sido comparado a una cárcel municipal donde los presos son guardados hasta el juicio. Es un lugar de detención temporal. El infierno es como el centro penitenciario donde se lleva a cabo la sentencia judicial.

El Hades

Primero, consideremos el Hades. A veces parece referirse a un lugar de sufrimiento, a veces a la tumba, y a veces al estado incorpóreo. Si es un lugar, no hay nada que indique dónde está. El trato más completo del Hades está en Lucas 16:19-31 donde leemos que un rico incrédulo abrió sus ojos en el Hades. Obviamente su cuerpo estaba en el sepulcro, y su alma estaba en el Hades. Sin embargo, en esta condición consciente, tenía inteligencia, memoria y podía ver el otro lado de una gran sima y ver el cielo o el paraíso. Estaba sufriendo tormento del calor y de la sed. Tenía celo evangelístico porque deseaba que alguien testificara a sus cinco hermanos para que ellos no fuesen a aquel lugar de tormento. Aquí se dice específicamente que el Hades es un lugar de tormento. No hay escapatoria de él.

Pero en Hechos 2:27, no es tanto un lugar como un estado o condición. Pedro cita el Salmo 16:10 y lo refiere a la resurrección de Cristo.

“Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción”.

Aquí el Hades no puede ser un lugar porque cuando el Señor Jesucristo murió, Su espíritu y alma fueron al paraíso (Lc. 23:43), que es lo mismo que el tercer cielo (2 Co. 12:2; compare el v. 4), que es la morada de Dios. Pero podría referirse al estado incorpóreo. Dios no permitió que Su alma quedara en esta condición, ni permitió que Su Santo, esto es, el cuerpo del Salvador, viera corrupción. La expresión: “*su Santo*”, debe referirse al cuerpo porque es la única parte del hombre que se corrompe cuando muere. Pedro anunció con denuedo que el alma del Señor no fue dejada en el Hades (Hch. 2:31). Al tercer día Su espíritu y alma fueron reunidos con Su cuerpo glorificado.

Otro pasaje que retrata el Hades como el estado incorpóreo es Apocalipsis 20:13-14. “*Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda*”.

La escena es el juicio final de los malos. El Señor Jesucristo es el Juez, el que tiene las llaves de la muerte y el Hades (Ap. 1:18). La muerte aquí se refiere a sus cuerpos, y el Hades se refiere a sus espíritus y almas. Los espíritus y las almas de todos los incrédulos son reunidos con sus cuerpos en el Juicio del Gran Trono Blanco, y las personas enteras son lanzadas al lago de fuego.

Otro pasaje en la que el Hades podría referirse al estado incorpóreo es 1 Corintios 15:55, aunque en la Reina Valera se traduce “*sepulcro*”. Unos manuscritos griegos ponen “*thanatos*” (muerte) y en otros la palabra griega es: “*hades*”, así que sepulcro es una traducción de una de estas dos palabras. “*¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro [hades], tu victoria?*”

El texto parece un cántico de mofa que cantarán los creyentes en la venida de Cristo. Al subir sus cuerpos de la tumba, ellos recordarán a la Muerte que, sí, los tuvo por un tiempo, pero no podía retenerlos más. Y aunque el Hades retuvo sus espíritus y almas separados de sus cuerpos, su victoria fue fugaz.

En Apocalipsis 6:8, se nos presenta un jinete montando un caballo amarillo llamado Muerte, y el Hades le seguía. El resto del versículo explica que a la Muerte y al Hades fue dado poder para matar la cuarta parte de la población de la tierra. Aquí nuevamente la Muerte y el Hades parecen representar figuradamente la separación del alma y el espíritu del cuerpo, lo cual es la muerte.

A veces la palabra Hades es una metáfora para representar las profundidades de la humillación. Por ejemplo, la ciudad de Capernaum fuealzada al cielo en privilegio. Pero no apreció la presencia del Hijo de Dios, así que se le dijo que sería humillada hasta el Hades en vergüenza y destrucción (Mt. 11:23; Lc. 10:15).

La única otra referencia al Hades está en Mateo 16:18, donde Jesucristo garantizó que las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia que Él establece. Ningún ataque contra la Iglesia tendrá éxito final, mientras que se asegura la victoria de la Iglesia contra el Hades.

El Infierno

De las doce veces que aparece la palabra “*infierno*” en el Nuevo Testamento en la versión Reina Valera, once salen de los labios del Señor Jesús, el más compasivo de todas las personas. Después es nombrado por Santiago, el medio-hermano del Señor.

¿Qué podemos saber acerca de este terrible lugar? No fue preparado para el hombre, sino para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41). Dios no escoge este juicio para ninguna persona; al rehusar la gracia de Dios, la gente escoge para sí el infierno. Es un lugar donde hay lloro, llanto y crujir de dientes (Mt. 8:12; 22:13; 24:51; 25:30; Lc. 13:28). Se dice de los habitantes del infierno que su gusano (tormento) no muere (no cesa) y el fuego no se apaga (Mr. 9:46). El humo de su tormento asciende por los siglos de los siglos (Ap. 14:11).

El Señor Jesús repetidamente enfatizaba que es mejor entrar en la vida faltando parte del cuerpo que ser echado al infierno con el cuerpo entero (Mt. 5:29-30; 18:9; Mr. 9:43, 45, 47). Por supuesto que esto no significa que habrá mancos en el cielo. Significa que es mejor ejercer disciplina rígida sobre los apetitos del cuerpo en esta vida que mimar el cuerpo y sus pasiones y ser condenado eternamente.

Los creyentes no deben temer a los que pueden destruir² el cuerpo, sino a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno (Mt. 10:28; Lc. 12:5).

Cualquiera que manifiesta un odio albergado hacia su hermano, llamándolo necio, está en peligro del fuego de infierno (Mt. 5:22). El ser mal hablado es como un infierno en su carácter (Stg. 3:6). Los pecados de los fariseos los hacían aptos para el infierno (Mt. 23:15, 33).

Tártaros

La palabra griega “*tártaros*”, traducida “*infierno*” en 2 Pedro 2:4, parece tener un sentido especial para los ángeles caídos que pecaron. En Tártarus ellos son entregados a cadenas de oscuridad y reservados para el juicio.

El Purgatorio

Según la iglesia católica romana, “el purgatorio” es un estado o lugar de castigo después de la muerte, donde la persona que muere en la gracia de Dios puede expiar el “castigo temporal” que merecen sus pecados y así limpiarse para ganar entrada al cielo. Los fuegos del purgatorio deben tener un efecto purificador sobre el alma. También alegan que el tiempo en el purgatorio puede ser abreviado por las oraciones de los vivos y las misas celebradas por los difuntos. La Biblia jamás menciona un estado o lugar como el purgatorio. La palabra nunca aparece en la Biblia y la enseñanza es totalmente contraria a la verdad de plena salvación por la gracia por medio de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

NOTAS:

1.

Algunas traducciones de la Biblia no distinguen bien entre el infierno y el Hades. En la versión “King James” en inglés, por ejemplo, la palabra “*Hades*” fue uniformemente traducida “*infierno*” excepto en 1 Corintios 15:55 donde pone “*sepulcro*”. “Hades” es una transliteración de la palabra griega que significa “invisible” (el mundo invisible). “*Infierno*” viene de la palabra hebrea “*gehenna*”. Para hacer vívidos a sus oyentes los horrores del castigo eterno, nuestro Señor empleaba este término que se refiere a un lugar donde continuamente se queman la basura y los desechos.

2.

Destruir no significa aniquilar ni el cese de la existencia, sino la pérdida del bienestar, el no lograr el propósito por el cual uno fue creado. Por ejemplo, los odres viejos que rompen en Mateo 9:1, no fueron aniquilados, sino *arruinados*.

Capítulo 24

El Espíritu Bautiza, Mora y Llena

Al estudiar la doctrina del Espíritu Santo, encontramos varias distinciones importantes que deben tenerse en cuenta. Debemos distinguir entre estas obras del Espíritu: nos bautiza, mora en nosotros y nos llena. También hay que puntualizar que el bautismo del Espíritu no es lo mismo que ser bautizado con fuego. Y debemos discernir entre el hecho soberano de llenarnos el Espíritu, y nuestra responsabilidad de ser llenos.

Mora En Nosotros

En el momento de nacer de nuevo, el Espíritu Santo de Dios entra y hace su *morada* en el cuerpo del creyente (1 Co. 6:19): “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” La persona que no tiene al Espíritu no es realmente un creyente (Ro. 8:9b). Una vez que haya entrado la tercera Persona de la Trinidad en alguien, nunca se marcha (Jn. 14:16). ¿Cómo sabemos que mora en nosotros? Lo sabemos inmediatamente porque la Palabra de Dios lo dice. Pero marchando el tiempo, lo sabemos por los cambios que Él produce en nuestra vida. Ser morada del Espíritu no es fundamentalmente cosa de los sentimientos, aunque puede afectar las emociones. Nunca se nos dice que oremos pidiendo que Él more en nosotros ni hay que aguardar Su venida. Le recibimos el momento que creemos en el Señor Jesucristo.

Nos Bautiza

Con respecto al *bautismo* del Espíritu, el texto clave es 1 Corintios 12:13,

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.

Aprendemos que el bautismo es el ministerio del Espíritu por el cual Él coloca al creyente en el Cuerpo de Cristo, esto es, la Iglesia. El bautismo inicial tomó lugar el día de Pentecostés cuando la Iglesia fue formada. Desde entonces, cuando una persona se convierte, es añadida a la Iglesia por el bautismo del Espíritu.

En otras palabras, todos los creyentes han recibido este bautismo, no importa su raza o cultura. Es algo simultáneo al nuevo nacimiento, no subsecuente, y nunca necesita repetirse en la vida del creyente.

Nunca se le manda a nadie a ser bautizado con/en el Espíritu. Es algo que sucede automáticamente cuando el pecador recibe al Salvador. No es una experiencia emocional. La única manera en que sabemos que sucede es porque la Biblia lo dice.

El Bautismo Con Fuego

El bautismo con fuego no es lo mismo que el bautismo del Espíritu. Es un bautismo de *juicio*, no de bendición ni privilegio.

Cuando Juan el Bautista hablaba a una multitud mixta, compuesta de creyentes e incrédulos, dijo: “*Él [Cristo] os bautizará en Espíritu Santo y fuego*” (Mt. 3:11; Lk. 3:16). Entonces Juan procedió a explicar que el bautismo en fuego es un acto de juicio divino.

“Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Lc. 3:17, véase también Mt. 3:12).

El contexto aclara que el fuego es *juicio*. ¡No es un éxtasis ni un arrebató de entusiasmo!

Pero cuando no hay mención de incrédulos entre los oyentes, Juan dijo: “*Él os bautizará con Espíritu Santo*” (Mr. 1:8; Jn. 1:33). Ni siquiera menciona el fuego.

El bautismo con el Espíritu es un acontecimiento pasado para los creyentes. El bautismo en fuego es un suceso futuro para los incrédulos.

Dos Formas En Que El Espíritu Nos Llena

El Nuevo Testamento presenta dos maneras en que el Espíritu Santo llena a las personas. Sin diferenciar esto, podemos confundirnos bastante intentando reconciliar las Escrituras que tratan el asunto.

Primero está lo que podríamos llamar la manera “soberana” de llenar. Por ejemplo, leemos que Juan el Bautista fue “*lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre*” (Lc. 1:15). ¡Obviamente el bebé Juan no tuvo que cumplir ciertas condiciones para ser lleno así! Dios lo hizo soberanamente para prepararle al Bautista para su ministerio único como precursor del Mesías.

Hay instancias semejantes en el libro de Hechos cuando el Espíritu llenó soberanamente a las personas. Nombramos dos a continuación.

Pedro fue lleno del Espíritu para ser apto para dirigirse con denuedo al Sanedrín (Hch. 4:8-12).

Y debido a que el Señor llenó a Pablo con el Espíritu, el apóstol pudo denunciar severamente a Elimas el mago (Hch. 3:9-11).

Sed Llenos del Espíritu

La otra forma de ser lleno es diferente. *Es un mandamiento* a cada creyente, no es asunto fuera de su control. El texto principal del tema es Efesios 5:18, “*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu*”.

La frase “sed llenos” sugiere una obligación continua, no una sola experiencia del Espíritu Santo.¹ Se contrasta con la disipación de embriagarse con vino.² Observa lo siguiente.

Embriagado con Vino	Lleno del Espíritu
habla incoherentemente, balbucea	habla con pureza, exaltando a Cristo
anda tambaleando y erráticamente	anda con propósito y santidad
persona bajo control de alcohol	persona bajo control del Espíritu Santo
pérdida de dominio propio	sin pérdida de dominio propio
la disipación lo caracteriza	no hay peligro de disipación
baja resistencia al pecado	alta resistencia al pecado
desgraciado y vergonzoso	ejemplar y noble
el vino deprime	el Espíritu estimula

Cómo Ser Lleno

Mencionamos antes que hay algunas condiciones para ser lleno del Espíritu. Como alguien ha dicho, hay que ponerse “en el camino de la bendición”. ¿Cómo puede hacerse esto?

- Confesando y apartándose del pecado sin demora (1 Jn. 1:9; Pr. 28:13).
- Continuamente presentando tu cuerpo a Cristo como sacrificio vivo (Ro. 2:1-2).
- Llenándote con la Palabra de Dios (Col. 3:16).
- Pasando mucho tiempo en adoración y oración (2 Co. 3:18; Mt. 7:7).
- Manteniéndote cerca a la comunión cristiana (He. 10:25).
- Haciéndolo todo para la gloria de Dios (1 Co. 10:31).

Alguien lleno del Espíritu no lo anuncia a los demás. Es modesto, y exalta a Cristo (Jn. 3:30; 16:4). Cuanto más anda con el Espíritu, más consciente es de su pequeñez e indignidad.

Bueno es recordar que ser lleno del Espíritu no es emoción, sino santidad. Es verdad que pueden verse afectadas las emociones, como en muchas otras áreas de la vida cristiana,

pero ellas no son lo principal. Nuestros sentimientos humanos son simplemente uno de los resultados de ser lleno.

Una Última Palabra

El creyente puede tener lo que llamaríamos una experiencia crisis del Espíritu Santo, muy distinto a lo que hemos considerado. Esto puede suceder, por ejemplo, cuando es restaurado después de estar fuera de comunión con el Señor, o cuando decide dedicarse a Cristo de modo más entero. Es algo deseable, y puede conllevar una reacción emocional. No es lo mismo que venir a ser morada del Espíritu ni el bautismo del Espíritu. Es de esperar que esta crisis le lleve a uno a ser lleno del Espíritu, pero ser lleno así no es nada que suceda sólo una vez, sino un proceso. Si usamos incorrectamente los términos referentes a estos ministerios del Espíritu y la vida espiritual, sólo vamos a crear confusión doctrinal.

Notas:

1. En el lenguaje original de Nuevo Testamento hay dos tiempos empleados en los mandamientos (el imperativo). Uno enfatiza el hecho o suceso como algo pasado. El otro, empleado aquí, enfatiza frecuentemente una acción continua o repetida. “Continuad siendo llenos del Espíritu” es una posible traducción.

2. La palabra *disolución* significa “exceder tu límite” y comunica la idea de un estilo de vida disoluto, especialmente respecto al consumo de alcohol.

Capítulo 25

Siete Juicios

En el estudio de la Biblia es importante reconocer que hay muchos juicios diferentes, y debemos distinguirlos según las personas, el tiempo y los lugares implicados, la base del juicio y los resultados. Mucha gente, por ejemplo, piensa que el juicio de las naciones es el mismo que el juicio del gran trono blanco. Un examen cuidadoso mostrará que son muy diferentes.

Ciertamente el que estudia con discernimiento verá que no existe nada como un “juicio general” cuando creyentes e incrédulos comparecerán ante Dios y escucharán el veredicto.

Aquí vamos a tratar siete de los juicios más importantes hallados en la Palabra de Dios.

El Juicio Del Pecado Humano

En el Calvario, Dios juzgó el pecado cuando el Señor Jesús lo llevó en Su cuerpo sobre el madero y allí lo pagó. EL Salvador murió por los pecados del mundo.

*“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si **uno murió por todos**, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co. 5:14-15).*

*“Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de **todo el mundo**” (1 Jn. 2:2).*

Cuando Él murió, pagó efectivamente la paga del pecado. Su sangre derramada satisfizo todo las demandas de la justicia de Dios contra el pecado. Proveyó el camino por el cual Dios puede salvar a pecadores impíos sin consentir el pecado ni transigir Su santidad. Su obra redentora tenía infinito poder para quitar el pecado.

Sin embargo, Su obra en la cruz no salva automáticamente a todos. Su obra de sustitución fue suficiente para cubrir los pecados de todo el mundo, pero sólo los que se arrepienten y confían en el Señor Jesús recibirán el beneficio de aquella obra.

Cuando alguien acepta a Cristo como su Señor y Salvador, está para siempre libre de la culpa y la paga del pecado. Nunca vendrá a juicio eterno por sus pecados, porque Jesucristo llevó su juicio, y Dios no demandará la paga dos veces. El creyente recibe perdón judicial una vez para siempre, por medio de la fe.

El Juicio Propio Del Creyente

Una vez salva, el creyente debe llevar a cabo una especie de auto juicio en su propia vida. Esto significa que debe confesar y apartarse del pecado tan pronto como es consciente de haberlo cometido. A esto se refiere Pablo en 1 Corintios 11:27-32,

“De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo”.

Juzgamos el pecado en nuestra vida cuando reconocemos que existe, lo confesamos y nos apartamos de él. Este auto juicio debe llevarse a cabo durante toda nuestra vida. De otra manera recibiremos el castigo del Padre descrito en Hebreos 12:3-15.

El apóstol Pablo reconoció que si no juzgara el pecado en su vida, sería descalificado para el servicio cristiano.

“...golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:27).

El Tribunal De Cristo

Al considerar el Tribunal de Cristo, no debemos pensar en un juicio de criminales sino más bien un concurso de flores o un partido atlético. En este juicio el Señor no está para convencer y condenar a los culpables. ¡Está para dar *premios!* La escena no es de juzgado, sino de repasar y recompensar.

Todos los creyentes comparecerán ante este Tribunal, también llamado *Bema* (palabra griega).

“Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Ro. 14:10b).

Está claro que este gran acontecimiento tomará lugar en la eternidad, después de la resurrección de los santos. Entonces los creyentes estarán en sus cuerpos glorificado.

El servicio del pueblo de Dios será evaluado.

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10).

Algunos recibirán recompensa, y otros sufrirán pérdida.

“La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida” (1 Co. 3:13-15a).

La última parte del versículo 15 aclara muy bien que la salvación de la persona nunca está en riesgo en este juicio:

“...si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego”.

El Juicio de Israel

Ninguna nación ha soportado el odio, los malos tratos, la persecución y la violencia étnica como el pueblo judío. El Holocausto es sólo un capítulo en una historia conmovedora de tristeza, sufrimiento y muerte.

Pero, triste es decirlo, no ha llegado a su final. Después del rapto de la iglesia, Israel y las naciones pasarán por un periodo de siete años de tribulación, la última mitad del cual será tiempo de angustia sin precedente. Jeremías lo llama: *“el tiempo de la angustia de Jacob”* (Jer. 30:7), y el Señor emplea las palabras “gran tribulación”.

“Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mt. 24:21).

El final de este tiempo, el Mesías aparecerá. La nación será reunida y el Señor presentará Su caso a ella cara a cara, en un lugar llamado *“el desierto de los pueblos”* (Ez. 20:33-44).

Uno de los peores crímenes que será tratado entonces será la adoración del Anticristo durante la tribulación. El Señor Jesús predijo que muchos de la nación caerían en esta la peor forma de la idolatría.

“Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis” (Jn. 5:43).

Malaquías da una lista más completa de los pecados que serán juzgados por el Rey (Mal. 2:1-3:5).

Está claro que todos los que se rebelan contra el Rey-Mesías serán destruidos antes de la inauguración del reino, y todos los que se someten a Su reino entrarán en Su glorioso reino y disfrutarán 1.000 años de prosperidad y paz.

“y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y éste será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados” (Ro. 11:26-27).

El Juicio De Las Naciones

El pasaje principal que trata el juicio de las naciones gentiles es Mateo 25:31-46. Este tribunal será convocado en la segunda venida del Señor Jesucristo. El Juez será el Hijo del Hombre, esto es, el mismo Señor Jesucristo.

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria” (Mt. 25:31).

El profeta Joel aclara que el trato que los gentiles dan a Israel será uno de los principales temas en este juicio (Joel 3:2). Las naciones que se portan como amigas y protegen a los hermanos judíos de Cristo durante la tribulación son llamados “ovejas” en Mateo 25. Las que retienen comida, bebida, ropa, hospitalidad y rehúsan contacto social con los enfermos y encarcelados son las naciones “cabras”.

Las naciones “ovejas” heredarán *“el reino preparado... desde la fundación del mundo”* (v. 34). Las naciones “cabras” escucharán su sentencia: *“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”* (v. 41).

“E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mt. 25:46).

Algunas personas tienen problemas con la idea de que *naciones* sean salvas o perdidas. Piensan en la salvación como exclusivamente un asunto de individuos. Esto no debe ser un problema. A lo largo de la historia, Dios ha tratado con naciones tanto como con individuos. Si la mayoría de las personas en un país o distrito son rebeldes contra Dios, Él característicamente libra primero a los que son Suyos, y entonces derrama Su ira sobre el resto de la población. Sodoma es un ejemplo de esto. Y también lo es el diluvio, excepto que la escala es más grande.

El Juicio De Los Ángeles

Sin satisfacer completamente nuestra curiosidad, la Biblia declara que algunos ángeles caídos han sido encarcelados y esperan su juicio final.

“Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio...” (2 P. 2:4).

“Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Jud. 6).

Sabemos muy bien que hay otros ángeles malos (generalmente llamados “demonios”) que todavía están sueltos. ¿Cuándo será el juicio de todos los ángeles caídos?

Durante Su reino en este mundo, el Rey-Mesías suprimirá todo dominio, autoridad y potencia, y pondrá a todos Sus enemigos debajo de Sus pies (1 Co. 15:24-25). Esto indudablemente incluye la subyugación de principados, potestades, gobernadores de tinieblas y huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

Puesto que los creyentes reinarán con Él, tomarán parte en el juicio de los ángeles. Quizás esto explica la pregunta enigmática de Pablo en 1 Corintios 6:3, “¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?”

El juicio final de Satanás toma lugar al final del Milenio y antes del juicio del Gran Trono Blanco.

“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Ap. 20:10).

Puesto que los ángeles caídos reconocen a Satanás como su líder, es razonable y bíblico creer que ellos serán condenados porque compartieron en su rebelión contra Dios (Is. 14:12-17; Ez. 28:12-19), y sufrirán también su perdición eterna en el lago de fuego (Mt. 25:41).

El Juicio Del Gran Trono Blanco

Juan vio “*un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos*” (Ap. 20:11). El trono es grande debido al que se sienta allí, y también porque es un lugar de grandes juicios con consecuencias eternas. Su blanquera significa la pureza de su juicio. Este juicio toma lugar en la eternidad, después de que el mundo que conocemos es deshecho con gran ardor y estruendo (2 P. 3:10).

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios” (Ap. 20:12a). Estos son los impíos muertos de todas las edades de la historia. La razón por la que están en este lugar es porque no pusieron su fe en el Señor. La incredulidad es el gran pecado condenador.

“...el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18b).

“...pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36b).

Entonces dos libros serán abiertos para demostrar su culpa y determinar el grado de su castigo.

“y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, e cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Ap. 20:12b).

Su perdición es sellada por el hecho de que sus nombres no están inscritos en el libro de la vida, lo cual significa que nunca se arrepintieron ni creyeron en Cristo como su Señor y Salvador. Pero habrá grados de castigo en el infierno así como hay grados de recompensa en el cielo. Sus obras determinarán la medida de su culpa. Un violador en serie, por ejemplo, sufrirá más que un vecino refinado que vivió una vida relativamente decente (pero tristemente nunca se convirtió).

El cuerpo es aquí representado por la Muerte, y el espíritu y alma son simbolizados por el Hades – aquí se trata de la persona entera que será lanzada al lago de fuego.

“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (Ap. 20:14).

Ningún creyente comparecerá en el juicio ante el Gran Trono Blanco. Es sólo para aquellos que rechazaron la oferta misericordiosa de Dios y por lo tanto no tienen sus nombres en el libro de la vida del Cordero.

Nota: La palabra “naciones” (*etne*) también puede traducirse “gentiles” y frecuentemente sale así.

Capítulo 26

Aspectos de la Gloria de Cristo

Al hablar de las glorias de Cristo, nos referimos a Sus supremas excelencias, ya sean Su Persona, Su posición o Su obra. Puede significar Sus perfecciones morales y espirituales que se ven con ojos de fe a través de la Palabra de Dios. O puede significar Su magnificencia física y esplendor en el cielo en el tiempo presente o cuando vuelva a la tierra como Rey de reyes y Señor de señores.

Es imposible enumerar las glorias del Señor Jesús. Ellas acaban con el vocabulario humano. En este capítulo nos limitaremos a siete aspectos de esa gloria como se ven en las Sagradas Escrituras.

Su Gloria Personal, Original, Como Dios Hijo

Esto se refiere a todas las excelencias y perfecciones de la deidad de Cristo. Es una gloria eterna e inherente. Él no es nada menos que el resplandor de la gloria de Dios (He. 1:3). El Señor Jesús no podía vaciarse de Su gloria y dejarla atrás. Es parte intrínseca de Su ser. Incluye todos Sus maravillosos atributos y virtudes. Al venir a este mundo, el Señor cubrió esa gloria con un velo de carne, un cuerpo humano, pero estaba allí en todo momento, y resplandeció en ciertos momentos, como en Su transfiguración (Mt. 17:1-8; Mr. 9:1-8; Lc. 9:28-36).

Su Gloria Posicional En El Cielo

Desde la eternidad, el Señor Jesús ocupaba una posición de honor indescriptible y de esplendor. Diariamente era la delicia de Su Padre y el objeto de la adoración angelical. Pero cuando se trató de la redención de la humanidad, Él no sentía necesidad de aferrarse a esa posición a todo coste. Al contrario, “*se humilló a sí mismo*” (Fil. 2:7a), o traducido quizás más literalmente, se vació o se derramó. Sin duda Carlos Wesley pensaba en esta gloria posicional al escribir, “humilde, deja a un lado Su gloria; nacido para que los hombres no mueran más”.¹

Es extremadamente importante reconocer que humillarse el Salvador a sí mismo sólo se refiere a Su *posición* en el cielo y no a Su *Persona*. Un príncipe puede dejar el palacio para vivir en la selva, pero no hay manera en que pueda renunciar su propia persona.

En Juan 17:5 el Salvador oró así: “*Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*”. En otras palabras, pedía la restauración de la gloria posicional que tenía con el Padre pero dejó a un lado al venir al mundo.

La Gloria De Su Vida Terrenal Como Hijo Del Hombre

Como hombre sobre la tierra, el Señor Jesús era glorioso en los milagros que hacía. Así leemos: “*Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria*” (Jn. 2:11a). Era glorioso en las perfecciones de Su carácter. No conocía pecado, no hizo pecado y no hubo pecado en Él (2 Co. 5:21; 1 P. 2:22; 1 Jn. 3:5). Era tan moralmente perfecto que no podía hacer nada de Su propia voluntad. Sólo podía hacer las cosas que el Padre le diera que hacer (Jn. 5:19) ², y sólo podía hablar lo que Su Padre le diera que hablar (Jn. 12:49; 17:8). Pilato tuvo que admitir que no halló delito en Él (Lc. 23:14; Jn. 18:38; 19:4, 6). La decisión de Herodes fue que Cristo no hizo nada digno de muerte (Lc. 23:15). El ladrón que murió a Su lado testificó que Jesús no había hecho ningún mal (Lc. 23:4). Aun Judas confesó que había entregado sangre “*inocente*” (Mt. 27:4).

El Salvador no sólo era glorioso en Su impecabilidad, sino también en Su hablar. La gente de Nazaret se maravilló a las palabras de gracia que salieron de Su boca (Lc. 4:22). Los oficiales enviados a arrestarle tenía que confesar: “*¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!*” (Jn. 7:46). Era glorioso en Su humanidad perfecta. Esto también se conoce como la gloria moral del Señor Jesucristo.

Sus Glorias Adquiridas

De haberse permanecido en el cielo, Él no podía haber sido nuestro Salvador. Pero al ir a la cruz y resucitar de la tumba, se perfeccionó como Salvador. Así es que leemos:

“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (He. 2:10).

“Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (He. 5:9).

Claro está que no podía ser perfeccionado en cuanto a Su *Persona*. En este aspecto siempre había sido perfecto. Pero podía llegar a ser el *Salvador* perfecto, y así fue.

El Señor aludió a esta gloria adquirida cuando, anticipando el Calvario, dijo:

“Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (Jn. 2:23b).

Además de adquirir gloria como el Salvador perfecto, el Señor Jesús ganó otros honores por Su encarnación y obra de sacrificio. Sin Su encarnación, nunca podría ser Mesías, porque el Cristo debía ser descendente de David. Sin el Calvario, no podría ser Sumo Sacerdote, Abogado, Mediador, Intercesor, Redentor, buen Pastor, Heredero de todo, Juez ni Cabeza de la Iglesia. Nunca tendría el Nombre que es sobre todo nombre, ni ser el primogénito de entre los muertos. Cualquier título derivado de Su encarnación, muerte, sepultura y resurrección tiene que ver con glorias *adquiridas*.

Hace referencia a otra instancia de Su gloria adquirida en Juan 17:10,

“y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos”.

Que Él sea glorificado en Sus santos es algo que sólo podría pasar como resultado de Su obra en el Calvario.

En 2 Tesalonicenses 1:10a, Pablo enlaza esto de modo especial con la segunda venida del Señor:

“cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron”.

La Gloria De Su Resurrección Y Ascensión

Nuevamente, en Juan 17:1, nuestro Señor habla como si lo del Calvario ya hubiese sucedido. Ruega que el Padre le glorifique, esto es, levantándole de los muertos, para que el Hijo entonces glorificara al Padre.

Tenemos un pasaje similar en Juan 3:3-32,

“Cuando él [Judas], pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche. Entonces, cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él”.

Hablaba de Su muerte como la manera en que fue glorificado, y por medio de la cual trajo gran gloria al Padre. Parafraseamos el versículo 32: “Puesto que Dios es glorificado por la obra de Cristo en la cruz, Dios le glorificará, esto es, levantándole de los muertos, y lo hará prontamente”. Esto es exactamente lo que sucedió. Le resucitó al tercer día.

A continuación hay más versículos que hablan de la gloria de Su resurrección y ascensión:

“¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:26).

“Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn. 7:39).

“Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho” (Jn. 12:16).

“El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad” (Hch. 3:13).

“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne...Recibido arriba en gloria” (1 Ti. 3:16).

“y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” (1 P. 1:21).

La gloria de Su resurrección y ascensión se fusiona con su eterna gloria en el cielo. Son inseparables.

La Gloria De Su Segunda Venida Y Reino

Hay más referencias en el Nuevo Testamento a esta gloria que a cualquier otra. El Hijo de Hombre vendrá con las nubes del cielo, con poder y gran gloria (Mt. 24:30). En aquel día, Él será glorificado en Sus santos y admirado entre todos los creyentes (2 Ts. 1:10). Cuando se sienta en Su glorioso trono, Él premiará a los apóstoles—y a todos Sus seguidores (Mt. 19:28), y juzgará a las naciones (Mt. 25:31-33). Se avergonzará de los que se avergonzaron de Él y de Sus palabras cuando venga en Su propia gloria (Lc. 9:26). Jacobo y Juan pidieron imprudentemente sentarse a la diestra y siniestra de Cristo en la gloria de Su reino venidero (Mt. 10:37). Los que participan de los sufrimientos de Cristo ahora se regocijarán con gran gozo cuando sea revelada Su gloria en el Milenio (1 P. 4:13).

La transfiguración de Cristo dio una vista previa del Mesías en Su gloria como Rey de reyes y Señor de señores. Pedro, Jacobo y Juan vieron Su gloria en el santo monte.

“y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14b).[3](#)

“Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él” (Lc. 9:32).

Pedro luego se refirió a la transfiguración y explicó que se trataba del poder y advenimiento, esto es, la venida en poder de nuestro Señor Jesucristo (2 P. 1:16).

Una mención más de la gloria de Cristo en Su reino se halla en Juan 17:22. Allí dice nuestro gran Sumo Sacerdote:

“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”.

En un sentido, compartimos ahora algunas de sus glorias – como hijos de Dios, como Sus hermanos, como miembros de Su cuerpo y coherederos con Él.

Pero en este pasaje, Él también habla de Su reino en la tierra como si estuviera presente. Nosotros compartiremos Su gloria cuando reinamos con Él por mil años (Ap. 20:4). Cuando Él se manifieste en gloria, nosotros también seremos manifestados con Él en gloria.

En el tiempo presente, el mundo ni reconoce ni aprecia el pueblo de Dios.

“por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Jn. 3:1b).

Pero cuando Él sea manifestado en gloria, los creyentes también estaremos en gloria.

“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:4).

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2).

Entonces el mundo verá la unión entre el Señor Jesucristo y Sus seguidores, conocerá que el Padre ha enviado al Hijo, y que Dios ama a los santos como ama a Su Hijo.

Su Gloria Presente En El Cielo

El deseo del Señor Jesús, expresado en Juan 17:24, es que los que le aman estén con Él en el cielo, para que vean Su gloria. Por fe ya podemos verle ahí, coronado con gloria y honor.

“Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (He. 2:9).

Su gloria presente en el cielo es la misma que lo que llama Pedro Su eterna gloria:

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1 P. 5:10).

No obstante, hay un sentido en que es diferente de Su gloria personal antes de que vino al mundo. Él ahora está en el cielo como un Hombre glorificado, además de la gloria de Su deidad.

Su presente gloria es una combinación de todas Sus glorias, tanto las inherentes como las adquiridas. Es la gloria de Su deidad, Su humanidad, Sus atributos, Sus oficios y Su carácter. No somos llamados a compartirlas, sino a regocijarnos en ellas y alabarle por ellas eternamente.

1 Traducción de la letra de su villancico en inglés: “Hark the Herald, Angels Sing”.

2 Esto también contesta la pregunta: “¿Podía Jesucristo pecar?”. Él sólo podía hacer lo que veía hacer Su Padre, y esto excluye el pecado. Siempre hacía lo que agradaba al Padre (Jn. 8:29) y esto también excluye el pecado.

3 Este versículo podría referirse también a Su gloria moral como Hombre en el mundo, pero primariamente se refiere a Su transfiguración.

Capítulo 27

Diferencias Entre Los Evangelios

Los que estudian los evangelios observan que parece haber gran cantidad de repetición, especialmente en Mateo, Marcos y Lucas. Leen acerca de los mismos milagros, las mismas parábolas y los mismos sermones del Señor. Sin embargo, no hay ninguna repetición innecesaria. El Espíritu Santo nunca se repite sin razón.

Un estudio más detenido revela que no son las similitudes, sino las diferencias que son importantes. Lo que parece ser repeticiones frecuentemente tienen pequeñas diferencias que son de gran significado.

Muchos libros han sido escritos apuntando las armonías en los Evangelios. Pero no dan en el blanco. No son importantes tanto las armonías como las verdades distintas que salen en pasajes que parecen ser iguales. Permítenos demostrar esto comparando pasajes similares.

En todos los cuatro Evangelios, Juan el bautista dijo a sus oyentes que el Señor les bautizaría. Cuando hablaba sólo con creyentes dijo: “Él (Jesús) os bautizará con Espíritu Santo” (Mr. 1:8; Jn. 1:33). Pero cuando había incrédulos entre los oyentes, dijo: “Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mt. 3:11; Lc. 3:16). Hablaba de dos bautismos distintos. El primero es de bendición, pero el segundo, de juicio.

Dos Sermones, No Uno

El Sermón del Monte es hallado en Mateo 5-7. Ciertas partes parecen ser repetidas en Lucas 6:17 y los siguientes versículos. Pero son dos mensajes distintos dados en dos ocasiones distintas. En Mateo el mensaje fue dado en un monte. En Lucas es un sermón dado en una llanura. El Señor Jesús había descendido del monte y estaba en un lugar llano (Lc. 6:17). Mateo describe el ciudadano ideal en el reino, mientras Lucas retrata el estilo de vida de los discípulos que salen a predicar el evangelio. En Mateo hay bienaventuranza para el pobre en espíritu (5:3), pero en Lucas el Señor bendice a los pobres (6:20). No aparecen ayes en Mateo, pero hay cuatro en Lucas (6:4-26). Estas diferencias no deben ser pasados por alto ni despachadas ligeramente y sin reflexionar.

Tanto Mateo como Lucas citan el dicho: “*la lámpara del cuerpo es el ojo*”. En Mateo el contexto dice que el amor al dinero impide la percepción espiritual (6:22). En Lucas el pasaje no menciona el dinero (11:33-36). La idea ahí es que la bendición viene a través cuando uno es receptivo a las enseñanzas del Señor y las comparte con otros.

Tres veces en los Evangelios encontramos la expresión: “*con la medida con que medís, os será medido*”. En Mateo 7:2, es una advertencia contra una actitud de dispuesta a juzgar a los demás. Marcos la cita como ánimo para apropiarse para nosotros mismos la Palabra de Dios (4:24). Lucas la emplea para animar al pueblo de Dios a la generosidad (6:38).

En Mateo 10:24, el Señor dijo: “*El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor*”. Luego, en Lucas 6:40 dijo: “*El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro*”. Parecen decir lo mismo, pero son muy distintos. En Mateo el Salvador enseña que el discípulo no puede esperar ser más libre de persecución que su Maestro, pero en Lucas la idea es que un creyente no puede guiar a un discípulo más allá del nivel espiritual que él mismo alcanza.

Las Noventa Y Nueve

La historia de las noventa y nueve ovejas nos es conocida. En Mateo 18:12-13 ilustra el amor del Señor a los niños (véase el v. 14). En Lucas 15:4-7 apunta a los fariseos y escribas que no estaban dispuestos a reconocer su necesidad del arrepentimiento (véanse los vv. 2 y 7).

La parábola de los talentos (Mt. 25:14-30) no debe confundirse con la de las minas (Lc. 19:12-27). En el caso de los talentos, a tres hombres se les dio cantidades distintas de dinero según sus habilidades. Los primeros dos recibieron la misma comendación pese a sus habilidades diferentes, porque fueron fieles. El tercero fue condenado porque no hizo nada con lo que tenía.

En la parábola de las minas, tres hombres recibieron cada uno la misma cantidad de dinero. Todos tuvieron la misma oportunidad. Uno multiplicó el dinero diez veces, otro cinco veces y el tercero no hizo nada. Las recompensas dadas a los primeros dos eran diferentes, según su fidelidad en hacer ganancia con lo que se les dio. El tercero perdió lo que se le había dado.

¿Cuántas Negaciones?

Es posible que Pedro negó al Señor al menos seis veces. Si estudiamos cuidadosamente los Evangelios, hallamos que negó a Cristo ante (1) una mujer joven (Mt. 26:69-70); Mr. 14:66-68); (2) otra mujer joven (Mt. 26:71-72; Mr. 14:69-70); (3) ante los que por allí estaban (Mt. 26:73-74; Mr. 14:70-71); (4) un hombre (Lc. 22:58); (5) otro hombre (Lk. 22:59-60); (6) un criado del sumo sacerdote (Jn. 18:26-27). Este último es distinto a los otros, porque dijo: “¿No te vi yo en el huerto con él?” Los otros no dijeron esto.

Al final de cada Evangelio, el Señor comisionó a Sus discípulos, pero nota el énfasis diferente en cada ocasión:

- Mateo – hacer discípulos, predicando y enseñando (28:19).
- Marcos – predicar el evangelio (16:15).
- Lucas – testificar (24:48).
- Juan – sígueme (2:19-22). [1](#)

Entonces, queda claro que los pasajes en los Evangelios que parecen ser iguales no son repeticiones. Si examinamos cuidadosamente todas las diferencias en lugar de buscar armonías, encontraremos profundas verdades espirituales. Esto resolverá algunas aparentes contradicciones. Y nos dará una nueva estimación de las maravillas de la Palabra inspirada.

Notas:

- [1](#). Esto fue dicho a Pedro, pero es aplicable a todo creyente.